



dialektik textos para la militancia popular
editores

Antonio Gramsci

La Ciudad Futura y otros escritos



Compilación y estudio introductorio
de Daniel Campione

Antonio Gramsci

La Ciudad Futura y otros escritos

Compilación y estudio introductorio
de Daniel Campione



dialektik

textos para la militancia popular

Dirección editorial: Daniel Campione y Darío Stukalsky
Dirección de colección: Miguel Mazzeo y Sergio Nicanoff
Edición: Miguel Mazzeo
Ilustración de tapa: Florencia Vespignani

© 2008, Dialektik Editora
Gral. Juan Lavalle 1087
(1638) Vicente López, Buenos Aires, Argentina
ediciones@dialektik.com.ar
www.dialektik.com.ar

Primera edición, mayo de 2008
ISBN: 978-987-22769-5-9

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Editado en Argentina

Gramsci, Antonio

Antonio Gramsci : La Ciudad Futura y otros escritos / Antonio Gramsci ;
comentado por Daniel Campione - 1a ed. - Vicente López : Dialektik Editora,
2008.

64 p. ; 18x12 cm. (Textos para la militancia popular dirigida por Miguel
Mazzeo)

ISBN 978-987-22769-5-9

1. Ideologías Políticas. I. Campione, Daniel, coment. II. Título
CDD 320.5

Impreso en C&S Impresiones Offset,
Pueyrredón 2011 (1650) Villa Maipú, San Martín,
Buenos Aires, Argentina, en mayo de 2008.

Índice

Un Gramsci temprano	
Por Daniel Campione	7
 LA CIUDAD FUTURA	15
La Ciudad Futura	16
Tres principios, tres órdenes	18
Indiferentes	25
Disciplina y libertad	28
Analfabetismo	29
La disciplina	30
Dos invitaciones a la meditación	32
Márgenes	34
Modelo y realidad	38
El movimiento juvenil socialista	40
La Ciudad Futura	43
 OTROS ESCRITOS	45
Carácter	46
¿Una revolución contra "El Capital"?	48
Un año de historia	52
La Comuna	55
Tu herencia	56
Los católicos italianos	60

Un Gramsci temprano

Por Daniel Campione

Antonio Gramsci vivió entre 1891 y 1937, pasando la última década de su vida en la prisión del fascismo. Durante su vida en libertad desarrolló más de una década de militancia, primero en el Partido Socialista Italiano, y a partir de 1921, en el Partido Comunista Italiano, creado como escisión de aquél. El fascismo lo encarceló en 1926 pensando anular al que ya era el principal dirigente e intelectual comunista del país. Paradójicamente, sólo logró quitarlo de la acción pública, pues Gramsci convirtió la prisión en escenario de lo mejor de su elaboración intelectual, en el que produjo lo que la posteridad reconocería como lo mejor de su obra, los *Cuadernos de la Cárcel*, una fuente de sugerencias innovadoras para la tradición del pensamiento marxista y la acción política socialista que sigue siendo fundamental hasta hoy. Categorías por él desarrolladas como hegemonía, bloque histórico, intelectuales orgánicos, la distinción entre guerra de movimientos y guerra de posiciones, alcanzaron una repercusión inusitada, extendida tanto a estudiosos como a militantes en las más diversas latitudes y formaron parte de una renovación del pensamiento marxista que rebasaba con claridad los moldes ideológicos irradiados desde la URSS, y en general a toda tendencia mecanicista o economicista en ese campo.

Los trabajos que aquí incluimos pertenecen a un periodo anterior, a los extraordinarios años 1917 y 1918. Gramsci ya era entonces un militante socialista y un periodista comprometido con la causa revolucionaria, que participaba activamente en las luchas intelectuales, sociales y políticas italianas desde un lugar estratégico: Torino, la principal concentración obrera del país. Faltaba poco para que Gramsci se convirtiera en principal redactor del periódico *L'Ordine Nuovo*, y en seguida en activo participante en las rebeliones obreras que sacudirían a Torino y a Italia desde 1919 a 1921. Y a partir de ese último año, Gramsci sería fundador y dirigente del Partido Comunista Italiano (PCI), pasando a ocupar responsabilidad principal en su conducción desde 1924.

Estos escritos son contemporáneos al desarrollo de la última etapa de la primera guerra mundial y al período inicial de la revolución rusa, ya que los primeros se publican a principios de 1917 y los últimos a fines de 1918. En medio de la gran conmoción europea y mundial, el joven Gramsci se alineaba con las corrientes más claramente revolucionarias del socialismo italiano, sacudidas y cautivadas en noviembre de 1917 por la revolución soviética, y lanzadas a la perspectiva de contribuir más temprano que tarde a la "sovietización" de su propio país. Artículos aquí incluidos, como "La revolución contra 'El Capital'" o "Un año de historia" marcan dos momentos en la reflexión sobre la revolución rusa recientemente producida, mientras que el titulado "La Comuna" recorre similitudes preocupaciones aplicadas a otro momento histórico. Otros como "Carácter" o "Tu herencia", se centran en los basamentos éticos y políticos del socialismo, en su aporte a lo que después llamaría la "reforma intelectual y moral". El titulado "Los católicos italianos", señala el pensamiento de Gramsci sobre la inclusión de la Iglesia y sus partidarios en el campo de la política partidaria, en un ámbito de reflexión acerca del catolicismo y su influencia sobre las clases populares que habría de continuarse en toda su producción. Estos artículos se originan en la labor periodística de Gramsci en los periódicos *Il Grido del Popolo* y *Avanti*. De los incluidos en el número único de *La Ciudad Futura* nos ocuparemos en el párrafo siguiente.

La Ciudad Futura.

La Ciudad Futura era la denominación del número único de una publicación dedicada a los jóvenes socialistas, preparada por Gramsci en febrero de 1917. Se pensaba en una revista de la Federación Juvenil Socialista Piamontesa, pero nunca apareció más que esa entrega inicial. En su artículo "Antonio Gramsci" para la *Enciclopedia Italiana*, Valentino Gerratana, escribe que en esta etapa, su actividad periodística se impone a la atención general "no sólo por la calidad de la escritura, sino por la profundidad de la investigación cultural" y que *La Ciudad Futura* es un cabal ejemplo de ese ejercicio periodístico.¹ Franco Sbarberi considera que el número único fue publicado como "modelo y anuncio de un futuro periódico de cultura política obrera."² Por su parte, Manuel Sacristán, nos trae en pocas líneas

1. Valentino Gerratana, *Quinta Appendice*, Enciclopedia italiana, 1979-1992, pp.485-86.

2. Franco Sbarberi, *Gramsci: un socialismo armonico*, Argel, 1986.

una síntesis del sentido y finalidad de Gramsci en las cuatro páginas del periódico, las que escribió:

"...para educar a los jóvenes socialistas en la justificación de la tendencia a la utopía, aun sin caer en ella, como defensa de la conciencia revolucionaria contra el mecanicismo positivista y el fatalismo extremista inermes de la derecha y la izquierda socialistas, respectivamente. Vale la pena detenerse un momento para considerar, junto al lenguaje y la concepción idealistas, la mesura crítica tendencialmente marxiana y la preeminencia de la moralidad de la práctica que ha adquirido ya la resolución revolucionaria."³

Después de los escritos vinculados a la Revolución Rusa (y en especial entre ellos a *La Revolución contra el capital*) los de *La Ciudad...* han estado entre los más considerados y difundidos del Gramsci anterior a *L'Ordine Nuovo*.⁴ Sin embargo no han tenido la misma difusión en América Latina, donde no han sido, que sepamos, recogidos en una edición íntegra o antología específicas en castellano,⁵ como sí ocurrió con los artículos de *L'Ordine Nuovo* o con los vinculados al proceso revolucionario ruso.⁶

El número estuvo por entero al cuidado del dirigente sardo, el que además de sus propios escritos incluyó fragmentos de Benedetto Croce⁷,

3. Manuel Sacristán, *El Orden y el Tiempo*, Barcelona, Trotta, 1996, p. 117.

4. El semanario *L'Ordine Nuovo*, aparece por primera vez en abril de 1919, en Turín, en consonancia con el desarrollo del movimiento de los Consejos de Fábrica, en las grandes fábricas de esa ciudad industrial del norte de Italia.

5. Si fueron incluidos en la conocida antología de M. Sacristán, el artículo tres principios, tres órdenes, y el breve fragmento "Disciplina y libertad". No hemos encontrado otras ediciones en nuestro idioma de pasajes del número único.

6. De *L'Ordine Nuovo* existe una amplia antología editada en nuestro país por Teófilo XI, además de una mexicana más difícil de hallar.

7. B. En *La Ciudad Futura* se incluye un artículo de Croce titulado "La religione". Entre las obras del filósofo napolitano que gravitaron sobre el joven Gramsci, pueden citarse *Materialismo storico ed economia marxistica*, *Teoria e historia de la historiografía*, *Filosofía de la práctica*, *Problemi di Estetica*. En *La Ciudad Futura*, se define a Croce como "en este momento, el más grande pensador de Europa. (CF, p. 21).

Gaetano Salvemini⁸ y Armando Carlini⁹. Estas últimas inclusiones dan una idea de las preferencias de Gramsci dentro del pensamiento italiano de la época. El propio Gramsci señala la influencia croceana sobre él en esta época temprana:

"Participábamos en todo o en parte en el movimiento de reforma moral e intelectual promovido en Italia por Benedetto Croce, cuyo primer punto era éste, que el hombre moderno puede y debe vivir sin religión y, se entiende, sin religión revelada o positiva o mitológica o como se quiera decir. Este punto me parece también hoy la mejor contribución a la cultura mundial que hayan realizado los intelectuales modernos italianos; me parece una conquista civil que no debe ser perdida" (LC, pp. 445-447).¹⁰

También en los Cuadernos, en referencia a la *Città Futura*, Gramsci admitirá haber sido entonces "tendencialmente más bien crociano" (Q, p. 1233). Más allá de sus influencias teóricas, Gramsci ya estaba, al escribir *La Ciudad Futura* radicado hace años en Turín, 'nudo' de la industria y la clase obrera del norte de Italia, había asistido a grandes episodios de la lucha de clases y de la huelga general contra la entrada de Italia en la guerra, y estaba estrechamente vinculado con Palmiro Togliatti, Angelo Tasca y Umberto Terracini, futuro núcleo fundador del famoso semanario torinés, *L'Ordine Nuovo*, y de una de las tendencias fundadoras del PCI, en 1921.

El título aludía a la nueva sociedad a construirse sobre las ruinas del viejo orden capitalista, y ha tenido el suficiente poder sugestivo como para dar nombre a fundaciones, bibliotecas, círculos de discusión, al menos

8. "Cosa è la cultura", de Gaetano Salvemini. Salvemini fue dirigente del Partido Socialista, en el que se enfrentó a la corriente mayoritaria de Filippo Turati. Abandonó el partido en 1911 y pasa a dirigir una nueva publicación *L'Unità*, que continuará hasta 1920. Fue catedrático de historia moderna y un gran estudioso de la cuestión meridional y de las comunas medioevales italianas. Gramsci participó en una campaña electoral para elegirlo diputado, en 1914.

9. "Che cos'è la vita" de Armando Carlini. Este era un filósofo espiritualista, católico.

10. Se mantienen las citas del original italiano, que remiten a las ediciones consideradas 'oficiales' en Italia de las obras de Gramsci. Las siglas corresponden a Q: Cuadernos de la Cárcel, LC: Cartas de la Cárcel, y CF *La Ciudad Futura*.

una radio alternativa en Italia, y por supuesto a revistas¹¹, entre las que ocupa un lugar destacado la de nuestro medio, nacida en 1984 bajo la orientación del fallecido José Aricó, destacado investigador gramsciano de nuestro país, y perdura hasta nuestros días, si bien alejada del pensamiento socialista y revolucionario original de Gramsci.

Para Franco Sbarberi, en la obra citada, se contraponían en el pensamiento juvenil de Gramsci dos concepciones del socialismo: de un lado una visión libertaria y antiestatalista de los procesos de emancipación individual y colectiva propios de la clase obrera; del otro una concepción totalizante de la ciudad "futura", que tiende de modo irresistible al "orden" y la "disciplina". En realidad, Gramsci va a mantener en esta etapa acuerdos y discrepancias con el pensamiento libertario, anarquista, con el que comparte el rechazo a la política institucionalizada, pero del que impugna cierta exaltación del "desorden" que considera prolonga la visión liberal burguesa.¹² La preocupación fundamental de Gramsci es ya en esta época, la fundación de un orden nuevo.

Según Antonio Santucci, los escritos de *La Ciudad Futura* lo harán sospechoso de adherir a la doctrina neidealista de Croce y "*Te principi, tre ordini*", "*Indifferenti*", "*Margini*", resumen las orientaciones políticas de sus primeros años de militancia socialista.¹³

Lo cierto es que el combate intelectual de Gramsci en esta época forma parte de una reacción contra la tradición socialista reformista, del rechazo a la devoción por un socialismo "científico" que todo lo espera de las "leyes del desarrollo social" y nada de la acción humana, del poder de la voluntad; que identifica el progreso social con el desarrollo de la ciencia. Y esta reacción se inscribía, más ampliamente, en una polémica antipositivista, en la cual Gramsci entroncaba con Antonio Labriola, virtual fundador del marxismo peninsular, pero también con Benedetto Croce e incluso con Giovanni Gentile, luego teórico del fascismo. Gramsci se enfrentaba además, a la dificultad de que el socialismo parlamentario, gradualista, a la espera de que la evolución científica y el desarrollo de las

11. P. ej: *La Città futura. Mensile degli studenti comunisti*, revista italiana. También existe un libro de varios autores italianos, que presenta interpretaciones gramscianas divergentes con la entonces predominante y auspiciada por el PCI, Caracciolo A. & Scaglia, G. (comp.). *La città futura. Saggi sulla figura e il pensiero di Antonio Gramsci*. Milano Feltrinelli 1959.

12. cf. F. Fernández Buay, *Leyendo a Gramsci*, El Viejo Topo, Barcelona, 2001, p. 108

13. Antonio A. Santucci, *Gramsci*, octubre 1996.

fuerzas productivas acrecentara el bienestar general y pusiera fin a la explotación y el dominio de clase, era presentado como la única interpretación posible de las obras de Marx y Engels, comprendidas a través de una lente "mecanicista".

Se puede decir entonces que en *La Città Futura*, Gramsci tiene puntos de contacto con Labriola, aunque estableciendo una "alianza objetiva" con los puntos de vista neoidealistas. Para él la "fe ciega en todo lo que acompaña al atributo científico", no representa una posición realmente científica, sino "sólo mecánica, áridamente mecánica" (CF, p. 25). El socialismo no está muerto, pero sí el fatalismo que concibe su realización como un proceso automático de la naturaleza (como sostiene en un pasaje de "Márgenes", ver el texto correspondiente). El acercamiento a *La Ciudad Futura* significa salir al encuentro de un joven Gramsci ya trabado en lucha con el positivismo y con las interpretaciones mecanicistas del marxismo, en una línea que va desde Kautsky y Plejanov en el exterior a Achille Loria en la propia Italia.¹⁴ Gramsci reivindica sobre todo en estas páginas el papel de la voluntad, la capacidad transformadora del sujeto, contra la confianza en un desarrollo histórico supuestamente ineluctable. Y exalta el papel de la acción consciente y la organización, poniendo especial atención en la nueva generación, a la que está dirigida toda la publicación y a cuyo desarrollo en el movimiento socialista dedica el penúltimo artículo, titulado justamente "El movimiento juvenil socialista", que se cierra con esa hermosa invocación a "sustituir el viejo edificio por el nuevo, iluminado por el sol, aireado por el ideal que no muere". (ver el texto)

Gramsci ha llegado al marxismo en estos años, partiendo del idealismo, como afirmaría Togliatti refiriéndose a todo el grupo de *L'Ordine Nuovo*:

"Nosotros llegamos al marxismo por la vía que siguió Carlos Marx, o sea partiendo de la filosofía idealista alemana, partiendo de Hegel. Y esperamos que se nos demuestre que este origen es menos legítimo que cualquier otro origen posible con otros puntos de partida (...)".¹⁵

14. cf. N. Kohan, "Gramsci y Marx. Hegemonía y política en la teoría marxista", *Rebelión*, marzo 2001. La crítica, a menudo francamente satírica del pensamiento de A. Loria, se presentará más de una vez en los *Quaderns*...

15. Citado por Manuel Sacristán, *op. cit.* p. 112.

Los escritos de *La Ciudad Futura* son recordados hasta hoy con frecuencia, en especial el artículo *Indiferentes*.

Estos artículos han sido traducidos de las versiones italianas contenidas en *La città futura 1917-1918*, Turín, Einaudi, 1982, edición a cargo de Sergio Caprioglio. Esa publicación constituye el segundo volumen de una edición crítica de los escritos gramscianos previos a la cárcel, que reemplazan la primera edición Einaudi, en cinco tomos, que aparecieron entre 1954 y 1971. El primero fue *Cronache torinesi 1913-1917*, 1980 y el tercero *Il nostro Marx 1918-1919*, 1984, todos editados en Turín por Einaudi. En cada sección, se reproduce los datos de la edición original de *La Città Futura*, y los de su anterior inclusión en *Scritti Giomali*, o en los *Scritti 1915-1921*, Milán, 1968, otra compilación anterior a la aquí reproducida, también al cuidado de Caprioglio.

Brindamos aquí una versión completa de todos los textos incluidos en *La Ciudad Futura* cuya autoría corresponde a Gramsci. Para preservar ese carácter integral hemos tomado también los pasajes ya publicados en la *Antología* de Manuel Sacristán, que tienen aquí el pequeño plus de las notas originales de la versión de Caprioglio. Asimismo se incluye el artículo publicado en *El grito del pueblo* y *Avanti* en que se anuncia la aparición de *La Ciudad Futura*.

La Ciudad Futura

La Ciudad Futura¹

Con este título saldrá en estos días un número único, publicado bajo la dirección de la Federación juvenil piamentesa (1), dedicado a los jóvenes. Quiere ser una invitación y una incitación. El porvenir es de los jóvenes (2). Pero de aquellos jóvenes que, conscientes de la tarea que la vida impone a cada uno, se preocupan de armarse adecuadamente para resolverla del modo que más se adecua a sus íntimas convicciones, se preocupan de crearse aquel ambiente en el cual su energía, su inteligencia, su actividad, encuentren el máximo desarrollo, la más perfecta y fructífera afirmación. La guerra ha segado a los jóvenes, especialmente les ha quitado sus esfuerzos, sus batallas, sus sueños espléndidos de utopía, que no eran tales porque se volvían estímulos de acciones y de realizaciones de los jóvenes. Pero la organización juvenil socialista no ha realmente sufrido demasiado en sí y por sí. Los millares de jóvenes arrebatados a sus luchas, están siendo sustituidos rápidamente. El acontecer de la guerra ha sacudido como un viento fuerte a los indiferentes, los jóvenes que hasta ayer se desentendían de todo lo que fuera solidaridad y disciplina política. Pero no alcanza, no alcanzará nunca. Necesita incrementar siempre más sus filas y hacerlas más compactas. La organización tiene fines especialmente educativos y formativos. Constituye la preparación para la vida más intensa y llena de responsabilidades del partido. Pero también representa la van-

1 Este artículo anunciando la aparición de *La città futura* apareció en "Il Grido del Popolo", n. 655, 11 de febrero de 1917, y en *Avanti!*, año XXI, n. 43, 12 de febrero de 1917, crónica torinesa, con el título "Un número único de los jóvenes", y el índice de *La Ciudad Futura*.

Este y los siguientes artículos de esta sección, han sido traducidos del original italiano por Daniel Campione. Se han conservado sin alteraciones las notas al final de cada artículo que lleva la versión italiana. Las notas al pie numeradas son del traductor.

guardia, la audacia llena de entusiasmo. Los jóvenes son como la infantería ligera del ejército proletario, que marcha al asalto de la vieja ciudad carcomida y tambaleante para hacer surgir de su ruina una ciudad propia.

En el número único serán discutidos algunos importantes problemas de la propaganda y de la vida socialista. Será puesto en venta a diez céntimos el ejemplar. Se enviará a cualquiera que realice el pedido por tarjeta. Los círculos y los revendedores que deseen un cierto número de copias dirijan sus pedidos a la Federación juvenil socialista en Corso Siccardi, 12, Torino.

Notas de la edición italiana:

- (1) La aparición del número único de propaganda *La Ciudad Futura* había sido decidida por el comité regional piamontés de la Federación juvenil socialista, que confió el encargo de dirigir la publicación al joven Andrea Viglongo. Gramsci pidió a Viglongo ser el encargado de la compilación, la cual sería así homogénea y coherente con el programa formativo propuesto. La solicitud de Gramsci fue aceptada (cfr. A. Viglongo, "Le redazioni dell'Ordine Nuovo", en *Los comunistas en Torino 1919-1972. Lecciones y testimonios*, prefacio de Gian Carlo Pajetta, Editori Riuniti, Roma 1974, p. 34. *La Ciudad Futura* fue enteramente dirigida y escrita por Gramsci, que insertó pasajes de textos de Gaetano Salvemini (*¿Qué es la cultura?*), Benedetto Croce (*La religión*) y Armando Carlini (*¿Qué es la vida?*). El editor Andrea Viglongo dirigió en junio de 1952 la reproducción fotográfica del número único, en un número limitado de ejemplares. Para una mención directa de parte de Gramsci de *La ciudad futura*, véase su polémica con Giuseppe Bianchi en el *Ordine nuovo*, año I, n. 16, 30 agosto de 1919 (ON, 453-54). Sobre la importancia que le atribuye al número único se puede recordar el testimonio del propio Gramsci. Germanetto (en *Memorias de un barbero*, Moscú, 1956, p. 67), que narra un viaje en tren junto con Gramsci, de vuelta de la convención de Florencia, realizada en la clandestinidad el 18-19 de noviembre de 1917, afirma: "me habló largamente de un periódico de cultura obrera, *La Ciudad futura*, número único, que apareció en aquella época como un ensayo de su pensamiento".
- (2) En este punto en el texto republicado en el *Avanti!* del 12 de febrero de 1917, se lee el siguiente pasaje: "La Federación se preocupa de ampliar todo lo posible el campo de su actividad, de propagar en un número siempre mayor de jóvenes la verdad de la fe socialista. Ha hecho redactar este número precisamente para poder demostrar cómo su actividad no había sido afectado por la guerra ni perdido nada del entusiasmo de dos años atrás."

Tres principios, tres órdenes

El orden y el desorden son las dos palabras que más frecuentemente recorren las polémicas de carácter político. Partidos del orden, hombres de orden, orden público... Tres palabras ligadas por un eje único: el orden, sobre el cual las palabras se basan y giran con mayor o menor cercanía, según sea la concreta forma histórica que los hombres, los partidos y el Estado asumen, entre sus múltiples encarnaciones posibles. La palabra orden tiene un poder taumatúrgico; la conservación de las instituciones políticas es confiada en gran parte a este poder. El orden actual se presenta como algo armónicamente coordinado, estable; y la multitud de los ciudadanos vacila y se atemoriza ante la incertidumbre de lo que un cambio radical pudiera traer. El sentido común, el vulgarísimo sentido común, prescribe habitualmente que es mejor un huevo hoy que una gallina mañana. Y el sentido común es un terrible esclavizador del espíritu. Mucho más cuando para conseguir la gallina se necesita romper la cáscara del huevo. Se forma en la fantasía la imagen de una destrucción violenta; no se ve el orden nuevo posible, mejor organizado que el viejo, más vital que el viejo, porque al dualismo contraponen la unidad, a la estática inmovilidad de la inercia, la dinámica de la vida real. Se ve sólo la destrucción violenta, y el ánimo perturbado retrocede ante el miedo de perderlo todo, de verse frente al caos, el desorden ineluctable. Las profecías utópicas estaban constituidas apuntando a ese miedo. Se quería, con la utopía, trazar un diseño del futuro que fuese bien coordinado, bien prolijo, y evitase la impresión del salto al vacío. Pero las construcciones socialistas utópicas se han derrumbado todas, porque siendo así pulidas y esquemáticas, bastaba descubrir una incoherencia en alguna parte de ellas, para hacerlas desplomarse en su totalidad. Esas construcciones no tenían base, porque eran demasiado analíticas, al estar fundadas en una infinidad de hechos y no sobre un único principio moral. Y los hechos concretos dependen de tantas causas, que terminan por resultar imprevisibles. Y el hombre necesita, para operar, de poder prever, al menos en parte. (1) No se concibe una voluntad que no sea concreta, que no tenga una finalidad. No se concibe una voluntad colectiva que no tenga un objetivo universal concreto. Pero éste no puede ser un hecho singular, ni una serie de hechos singulares. Sólo puede ser una idea, un principio moral. El defecto orgánico de las utopías está encerrado en este punto. Creer que la previsión puede ser sobre los hechos, cuando solamente puede serlo de principios, o de máxi-

mas jurídicas. Las máximas jurídicas (el derecho, el juicio, la moral efectiva) son creaciones de los hombres obrando como voluntad. Si se pretende darle a esa voluntad una cierta dirección, se le debe asignar objetivos realizables: de otra forma, después de un primer entusiasmo, se la verá declinar y diluirse.

Los órdenes actuales han sido suscitados por la voluntad de realizar en su totalidad un principio jurídico. Los revolucionarios de 1789 no preveían el orden capitalista. Querían realizar los derechos del hombre, querían que fuesen reconocidos a los componentes de la comunidad determinados derechos. Estos, después de la destrucción inicial del viejo caparazón, fueron afirmándose, concretándose, y devinieron fuerzas operantes, se plasmaron, y caracterizaron el brote inicial de la civilización burguesa, la única que podía brotar, porque la burguesía era la única energía social realmente activa y operante en la historia. Los utopistas fueron derrotados también entonces, porque ninguna de sus previsiones particulares se realizó. Pero sí se realizó el principio, y a partir de éste se desarrollaron las normas actuales, el orden actual.

¿Era un principio universal el que se afirmó en la historia por medio de la revolución burguesa? Por cierto que sí. A pesar de que es común decir que si J. J. Rousseau pudiese ver cuál ha sido el resultado de su prédica, posiblemente renegaría de ella. En esta afirmación paradójal está contenida una crítica implícita al liberalismo. Pero es paradójal, en tanto que afirma de modo injusto una cosa sustancialmente justa. Universal no quiere decir absoluto. En la historia no existe nada absoluto ni rígido. Las afirmaciones del liberalismo son ideas-límite, que, reconocidas como racionalmente necesarias, se convierten en ideas-fuerza (2), se han realizado en el Estado burgués, y han servido para suscitar a este Estado una antítesis en el proletariado, y se han desgastado. Universales para la burguesía, no lo son bastante para el proletariado. Para la burguesía eran ideas-límite, para el proletariado son ideas-mínimas. De hecho el programa liberal íntegro, se ha convertido en el programa mínimo del partido socialista. El programa que le sirve para vivir el día a día, en tanto se espera el momento más adecuado (...) *[falta alguna palabra censurada]*²

Como idea-límite el programa liberal crea el Estado ético, un Estado que idealmente está por encima de la lucha de clases, del entrelazamiento

2. Estas 'huellas' de la acción de la censura previa, provienen del original y se hallan en bastardilla en la edición Caprioglio. (N. del T.)

y choque de los agrupamientos, de la realidad económica y tradicional. Es una aspiración política de este Estado, más que una realidad política; existe sólo como modelo utópico, pero es precisamente su carácter de espejismo el que lo robustece y lo convierte en una fuerza de conservación. En la esperanza de que esto se realiza finalmente en su completa perfección, muchos encuentran el motivo para no rechazarlo, y no tratar de sustituirlo por otro.

Veamos dos de estos modelos, que son típicos, y constituyen la piedra de toque para el catedrático de teoría política. El Estado inglés y el Estado alemán. Ambos han dado lugar a una gran potencia, ambos se han reafirmado, con directivas diversas, como organismo político y económico, los dos han seguido una matriz bien definida, que a veces los enfrenta, y que siempre los ha hecho inconfundibles.

La idea que ha servido como fuerza motriz interna, paralela, para Inglaterra se puede resumir en la palabra: liberalismo³, para Alemania en la palabra: autoridad racional.

Liberalismo es la fórmula que comprende toda una historia de luchas, de movimientos revolucionarios por la conquista de cada una de las libertades. Es la *formul mentis*⁴ que se ha ido creando a través de estos movimientos. Es, la convicción que se va formando en cada vez mayor número de ciudadanos que a través de esas luchas ha llegado a participar de la actividad pública, que en la libre manifestación de las propias convicciones, en el libre despliegue de las fuerzas productivas y legislativas del país estaba el secreto de la felicidad. Entendida ésta, naturalmente, en el sentido que todo lo que sucede de malo, no puede echarse la culpa a nadie, y de todo lo que no resulta deba buscarse la razón solamente en el hecho de que los iniciadores no poseían todavía la fuerza para afirmar victoriosamente su programa.

Para Inglaterra el liberalismo ha encontrado, por citar un ejemplo, antes de la guerra, su impulsor teórico y práctico en Lloyd George, que, siendo ministro de Estado, en un acto público, y sabiendo que sus palabras adquirirían el significado de un programa de gobierno, dijo hace poco a los obreros: -Nosotros no somos socialistas, ni nos hemos vuelto a favor de la socialización de la producción. Pero no tenemos prejuicios teóricos contra

3. También podría traducirse como librecambismo. (N. del T.)

4. En latín en el original. (N. del T.)

el socialismo. Cada uno a lo suyo. Si la sociedad actual es todavía capitalista, esto quiere decir que el capitalismo es todavía una fuerza históricamente no agotada. Ustedes socialistas dicen que el socialismo está maduro. Pruebenlo. Prueben ser la mayoría, no sólo potencialmente, sino en acto, la fuerza capaz de regir los destinos del país. Y nosotros los dejaremos el puesto pacíficamente (3). Palabras que a nosotros, habituados a ver en el gobierno rasgos de esfinge, abstraída completamente del país y de cualquier polémica viva sobre ideas y hechos, nos parece asombroso. Pero no lo es, y no es sólo retórica vacía, si se piensa que hace más de doscientos años que en Inglaterra la lucha política se libra en la plaza pública, y que el derecho a la libre afirmación de todas las energías es un derecho conquistado, y no un derecho natural, que se presume tal en sí y para sí. Y basta recordar que el gobierno radical inglés quitó a la Cámara de los Lores todo derecho de voto (4) para poder volver realidad la autonomía irlandesa, y que Lloyd George se proponía antes de la guerra hacer votar un proyecto de ley agraria, por el cual, asumiendo como postulado que quien posee medios de producción y no los hace rendir adecuadamente, pierde su derecho absoluto, por lo que buena parte de la propiedad privada de la tierra venía a ser cedida a quien estaba en condiciones de cultivarla. Esta forma burguesa de socialismo de Estado, vale decir socialismo no socialista, hacía que incluso el proletariado no viese con malos ojos al Estado como gobierno, y era persuadido, a tuertas o a derechas, de mantenerse bajo tutela, y conducir la lucha de clases con discreción y sin la exasperación moral que caracteriza al movimiento obrero.

La concepción germánica del Estado está en las antípodas de la inglesa, pero produce los mismos efectos. El Estado alemán es proteccionista por su *forma mentis*. Fichte ha proporcionado la clave del Estado cerrado. Es decir del Estado regido por la razón (5). Que no debe ser dejado a la merced de las fuerzas libres y espontáneas de los hombres, sino que debe, en cada cosa, en cada acto, imprimir el sello de una voluntad, de un programa permanente, preordenado por la razón. Y es por eso que en Alemania el parlamento no tiene el mismo poder que en otras partes. Es un simple ente consultivo, y se mantiene sólo porque racionalmente no se puede admitir la infalibilidad del poder ejecutivo, y también del parlamento, de la discusión, puede obtenerse la verdad. Pero la mayoría no tiene un derecho reconocido a la verdad. El papel de árbitro queda para el Ministerio (el Emperador), que juzga y escoge, y nada sustituye a la voluntad imperial. Pero las clases tienen la convicción, no retórica, no ingenua, sino formada a lo largo de decenios de experiencia y recta administración, de ob-

servar la justicia distributiva, que sus derechos a la vida están tutelados, y que su actividad debe consistir en tratar de conquistar la mayoría, para los socialistas, y de conservar la mayoría y demostrar continuamente su necesidad histórica, para los conservadores. Un ejemplo: la votación, aprobada incluso por los socialistas, de mil millones destinados a mayores gastos militares, ocurrida en 1913. La mayoría de los socialistas votó a favor porque los fondos fueron obtenidos no de la generalidad de los contribuyentes, sino con una expropiación (al menos aparente) de los grandes contribuyentes (6). Pareció un experimento de socialismo de Estado, pareció que fuese un principio justo hacer pagar a los capitalistas las compras militares, y se votaron fondos que, en definitiva, iban a beneficio exclusivo de la burguesía y del partido militar prusiano.

Estos dos tipos de orden constituido son el modelo-base de los partidos del orden de Italia. Los liberales y los nacionalistas dicen (y decían) respectivamente, que quieren que en Italia se cree algo similar al Estado inglés o al Estado alemán. La polémica contra el socialismo está subterrida por su aspiración a alcanzar este Estado ético en Italia. Pero aquí falta por completo ese período de desarrollo que ha hecho posible a las actuales Alemania e Inglaterra. Por tanto, si llevamos a las últimas consecuencias el razonamiento de los liberales y los nacionalistas italianos, se obtiene como resultado en el presente esta fórmula: *el sacrificio del proletariado*. Sacrificio de sus necesidades, sacrificio de la personalidad propia, de la combatividad, para darle tiempo al tiempo, para permitir que la riqueza se multiplique, para facilitar que la administración se purifique (...) [*tres líneas censuradas*]

Los nacionalistas y los liberales no llegan a afirmar que en Italia exista un orden, cualquiera que éste fuera. Sostienen que este orden deberá existir en el futuro, porque los socialistas no impedirían su inexorable instauración.

Este estado de cosas italiano es para nosotros fuente de mayor energía y de mayor combatividad. Si se piensa cuan difícil es convencer de movilizarse a un hombre que no tiene razones inmediatas para hacerlo, se comprende cuanto más difícil es convencer a una multitud en los estados donde no existe, como en Italia, de parte del gobierno, el partido tomado de sofocar las aspiraciones, de inculcar de todas las maneras, la paciencia y la productividad. En los países donde no se da el conflicto en las calles, donde no se ven holladas las leyes fundamentales del Estado, ni se ve a la arbitrariedad ser la dominadora, la lucha de clases pierde parte de su aspereza, el espíritu revolucionario disminuye su empuje y se desanima. La

así llamada ley del mínimo esfuerzo, que es la ley de los poltrones, que estimula a menudo a no hacer nada, se vuelve popular. En esos países la revolución es menos probable. Donde existe un orden, es más difícil que se decidan a sustituirlo por un orden nuevo. (...) [*algunas palabras censuradas*].

Los socialistas no deben sustituir un orden por otro. Deben instaurar el orden por excelencia. La máxima jurídica que quieren realizar es: posibilidad de actuación integral de la personalidad humana concedida a todos los ciudadanos. Con la concreción de esta máxima caen todos los privilegios preexistentes. Lleva al máximo de libertad, con el mínimo de restricciones. Busca que la regla de la vida y de la distribución sea la capacidad y la productividad, por fuera de todo esquema tradicional. Que la riqueza no sea instrumento de esclavitud, sino que siendo de todos de un modo impersonal, proporcione a todos los medios para todo el bienestar posible. Que la escuela eduque la inteligencia de todos los que nacen, y no represente el premio (...) [*cuatro líneas censuradas*].

De esta máxima dependen orgánicamente todos los demás principios del programa máximo socialista. Eso, repetimos, no es utopía. Es el universal concreto, puede ser realizado por la voluntad. Es el principio del orden, del orden socialista. De ese orden que creemos que en Italia se realizará antes que en todos los demás países (...) [*cinco líneas censuradas*].

De *La Città futura* número único publicado por la Federación juvenil socialista piemontesa, 11 febrero 1917, tipografía F. Mittone, via S. Agostino 7, Torino, formato 33x45cm, P. I. Raccolto in SG,⁵ 73-78.

Notas de la edición italiana.

- (1) Sobre el concepto de "modelo" y de "ley", complementario del de "previsión", aquí indicado, cf. más adelante "Modelo y realidad", páginas 29-30. (aquí se lo encuentra en las páginas 38 y 39. Cf. también Q. III, 1557.
- (2) Concepto y término del filósofo francés A. Fouillée; para Gramsci su recepción y uso estaba mediada por Arnibale Pastore, su profesor en Torino, del cual puede verse la declaración reproducida en Zucaro, "Antonio Gramsci en la

5. Abreviatura de *Scritti Gramsci 1914-1918*, Einaudi, 1958. (N. del T.)

universidad de Torino (1911-1915)", en *Società*, año XIII, N° 6, diciembre 1957, pp. 1109-10.

- (3) El episodio remontaba a 1909. El presupuesto presentado por el ministro de Hacienda Lloyd George intentaba golpear fuertemente a los grandes propietarios y monopolios. En apoyo de su política, él dio una serie de discursos públicos en Limehouse.
- (4) Así está en el texto en lugar de 'veto' (cf. el posterior artículo "El régimen electoral en Prusia", en *Il Grido del Popolo*, 1° de junio de 1918, vol. III, "Il nostro Marx".)
- (5) Cf. J. G. Fichte, *El Estado conforme a razón o el Estado comercial cerrado, Ensayo de ciencia del derecho y de una política para el futuro*, Bocca, Torino 1909.
- (6) Para obtener los mil millones de marcos el gobierno alemán había introducido en 1913 un impuesto suplementario sobre las ganancias de entre el 10 y el 15% por encima del tributo ordinario. En general, el impuesto afectaba a las ganancias grandes y medianas, dejando exentas a las pequeñas.

Indiferentes

Odio a los indiferentes. Creo, como Federico Hebbel que "vivir significa ser partisano" (1). No pueden existir quienes sean solamente hombres, extraños a la ciudad. Quien vive verdaderamente no puede no ser ciudadano, y tomar partido. La indiferencia es abulia, parasitismo, y cobardía, no es vida. Por eso odio a los indiferentes.

La indiferencia es el peso muerto de la historia. Es la bola de plomo para el innovador, es la materia inerte en la que se ahogan a menudo los entusiasmos más brillantes, es el foso que circunda la vieja ciudad y la defiende mejor que las murallas más altas, mejor que los pechos de sus guerreros, porque engulle con sus gargueros barrocos a los asaltantes, los diezma, los desanima y en cualquier momento los hace desistir de la heroica empresa.

La indiferencia obra en la historia poderosamente. Lo hace de un modo pasivo, pero opera. Es la fatalidad; es aquello con lo que no se puede contar, es lo que desbarata los programas, desvirtúa los planes mejor contruidos; es la materia bruta que se rebela contra la inteligencia y la asfixia. Aquello que sucede, el mal que se abate sobre todos, el posible bien que un acto heroico (de valor universal) puede acarrear, no es tanto debido a la iniciativa de los pocos que actúan, sino a la indiferencia, a la prescindencia de los muchos. Aquello que adviene, no lo hace tanto porque algunos quieren que suceda, sino porque la masa de los hombres abdica de su voluntad, deja hacer, permite entrelazarse a los nudos que luego sólo la espada podrá cortar, deja promulgar las leyes que sólo la revuelta podrá abrogar, facilita el ascenso al poder a hombres que luego sólo un motín podrá derrocar. La fatalidad que parece dominar la historia no es otra cosa que la apariencia ilusoria producida por esta indiferencia, este ausentismo. A partir de hechos concebidos en la sombra, pocas manos, no sometidas a ningún control, hilan la tela de la vida colectiva, y la masa permanece ignorante, porque no se preocupa. Los destinos de una época son manipulados según la visión estrecha, los objetivos inmediatos, la ambición y pasión personal de pequeños grupos activos, y las masas permanecen ignorantes, porque no se preocupan. Pero los hechos que han ido madurando finalmente suceden; la tela hilada en las sombras se completa; y entonces aparenta ser la fatalidad la que arroja a todo y a todos, parece que la historia no es sino una enorme catástrofe natural, una erupción, un terremoto, del cual todos resultan víctimas, quién ha querido y quién no, quién sabía

y quién no sabía, el activo y el indiferente. Y este último se irrita, querría sustraerse a las consecuencias, quisiera que apareciese claro que él no ha querido, que no es responsable. Algunos lloriquean piadosamente, otros profieren obscenidades, pero ninguno o muy pocos se preguntan: ¿si hubiese también yo cumplido mi deber, si hubiese procurado hacer valer mi voluntad, mi opinión, hubiera acontecido lo que sucedió? Pero muy pocos o ninguno se echa la culpa por su propia indiferencia, su escepticismo, de no haber ofrecido su brazo y su actividad a ese grupo de ciudadanos que combatían por evitar el mal que ocurrió, que se proponían el bien que no se realizó.

Los más de ellos, en cambio, ante los hechos consumados, prefieren hablar de ideales fallidos, de programas definitivamente fracasados, y de otras ocurrencias similares. Recomiendan así con la elusión de toda responsabilidad. Y no se trata de que no vean claras las cosas, ni de que no sean capaces de concebir excelentes soluciones para los problemas más urgentes, o de aquéllos que, requiriendo amplia preparación y tiempo, son no obstante igual de urgentes. Pero estas soluciones resultan tan bellas como infecundas, esta contribución a la vida colectiva no es animada por ningún impulso moral; es producto de la curiosidad intelectual, no del fuerte sentido de responsabilidad histórica que exige a todos ser activos en la vida, que no admite agnosticismos ni indiferencias de ningún género.

Odio también a los indiferentes porque me produce repulsión su plañir de eternos inocentes. Pido cuentas a cada uno de ellos de cómo ha realizado la tarea que la vida le ha asignado y le asigna cotidianamente, de lo que ha hecho y sobre todo de lo que no ha hecho. Y siento que puedo ser inexorable, que no debo malgastar mi piedad, que no debo compartir con ellos mis lágrimas. Soy partisano, vivo, siento en la conciencia la parte que me toca impulsar de la actividad de la ciudad futura que los que están de mi lado se hallan construyendo. Y en ella el mecanismo social no pesa sobre pocos, todas las cosas que suceden no son debidas al acaso, a la fatalidad, sino que es obra inteligente de los ciudadanos. No hay en ella nadie que se quede en la ventana mirando cómo unos pocos se sacrifican, se desangran; y los que están en la ventana, al acecho, quieren usufructuar del escaso beneficio que la actividad de unos pocos obtiene y desluga su decepción vituperando al sacrificado, al que se ha desangrado por no cejar en su intento.

Vivo, soy partisano. Por eso odio a quien no toma partido, odio a los indiferentes.

Notas de la edición italiana:

- (1) Cf. Friedrich Hebbel, *Diario*, traducción e introducción de Scipio Slataper, Carabba, Lanciano 1912 (*Cultura dell'anima*), p. 82: "Vivere significa esser partigiani" (riflessione n. 2127). El mismo pensamiento de Hebbel ha sido publicado en el número del *Grido del Popolo* del 27 de mayo de 1916, junto con las siguientes dos "reflexiones" incluidas en la misma obra.: 1. "Un prisionero y un predicador de la libertad". 2. "A la juventud se le reprocha a menudo creer que el mundo comienza con ella. Pero la ancianidad cree aun más a menudo que el mundo se termina con ella. ¿Cuál es peor?"

Disciplina y libertad

Asociarse a un movimiento quiere decir asumir sobre sí una parte de responsabilidad sobre los acontecimientos que se preparan, convertirse en artífice directo de esos sucesos. Un joven que se inscribe en el movimiento juvenil socialista cumple un acto de independencia y de liberación. Disciplinarse es tornarse verdaderamente independiente y libre. El agua es agua pura y libre cuando corre entre las dos orillas de un arroyo o de un río, no cuando se esparce caóticamente sobre el suelo, o se evapora y se disipa en la atmósfera. Quien no sigue una disciplina política es precisamente materia en estado gaseoso, o materia contaminada con elementos extraños: por lo tanto inútil y dañina. La disciplina política hace precipitar estas impurezas, y da al espíritu su mejor consistencia; a la vida un objetivo, sin el cual no vale la pena de ser vivida. Todo joven proletario que siente cuán pesado es el fardo de la esclavitud de clase, debe cumplir el acto inicial de su liberación, inscribiéndose al Fascio juvenil socialista más vecino a su casa.

La Città futura, p. 2, Recogido en *SG*, 82.

Analfabetismo

¿Por qué en Italia hay aún tantos analfabetos? (1) ¿Por qué en Italia hay demasiada gente que limita su propia vida al terruño, a la familia? No es sentida la necesidad de aprender la lengua italiana, porque para la vida comunal y familiar basta el dialecto, porque la vida de relación se agota por completo en la conversación en dialecto. El alfabetismo no es una necesidad, y por eso se vuelve un suplicio, una imposición de prepotentes. Para convertirlo en necesidad sería menester que la vida general fuese más activa, que involucrase a un número-siempre mayor de ciudadanos, y así hiciese nacer de modo autónomo el sentido de la necesidad del alfabeto y de la lengua nacional. Ha ayudado mucho al alfabetismo la propaganda socialista de todas las leyes sobre enseñanza obligatoria. (2) La ley es una imposición: puede imponerte la frecuentación de la escuela, no puede obligarte a aprender, y cuando se ha aprendido, a no olvidar. La propaganda socialista despierta el sentimiento vivo de no ser sólo individuos de un pequeño recinto de intereses inmediatos (la comuna local y la familia), sino los ciudadanos de un mundo más vasto, con los otros ciudadanos con los cuales se precisa intercambiar ideas, esperanzas, dolores. La cultura, el alfabeto ha conquistado de ese modo una finalidad, y a partir de que ese propósito se halla vivo en la conciencia, el amor al saber se afirmará imperioso. Es verdad sacrosanta, de la cual los socialistas podemos estar orgullosos: el analfabetismo desaparecerá por completo, sólo cuando el socialismo lo haya hecho desaparecer; porque el socialismo es el único ideal que puede convertir en ciudadanos, en el sentido mejor y total de la palabra, a todos los italianos que ahora viven sólo de sus pequeños intereses personales, hombres nacidos sólo para consumir comida. (3)

La Città futura, p. 2. Recogido in *SG*, 81-82.

Notas de la edición italiana:

- (1) En 1917 en Italia los analfabetos eran cerca de un tercio de la población de edad superior a nueve años.
- (2) Para una continuación de este punto, *El socialismo en Italia*, pp. 349-52.
- (3) Cf. Horacio, *Epístolas* I, 2, 27 ("nos numerus sumus et fruges consumere nati")

La disciplina

En uno de los *Cuentos de la jungla*, Rudyard Kipling muestra en acto en qué consiste la disciplina de un fuerte Estado burgués. (1) En ese Estado todos obedecen. Las mulas de la batería al sargento de batería, los caballos al soldado que los cabalga. Los soldados al teniente, los tenientes a los coroneles de los regimientos; los regimientos a un general de brigada; las brigadas al virrey de la India. El virrey a la reina Victoria (aún viva cuando Kipling escribía). La reina da una orden; y el virrey, los generales, los coroneles, los tenientes, los soldados, los animales, todos se mueven armónicamente e impulsan la conquista. A un espectador indígena de una parada militar el protagonista del cuento le dice: "Ya que ustedes no saben hacer otro tanto, sean nuestros súbditos". La disciplina burguesa es la única fuerza que mantiene sólido al conglomerado social burgués. Necesita disciplina, contrapone disciplina. Pero la disciplina burguesa es cosa mecánica y autoritaria, en cambio la disciplina socialista es autónoma y espontánea. Quien acepta la disciplina socialista significa que es socialista o quiere serlo más completamente, inscribiéndose en el movimiento juvenil si es un jovencito. Y quien es socialista o quiere llegar a serlo no obedece: se comanda a sí mismo, se impone una regla de vida por su propia decisión, siguiendo sin tapujos sus inclinaciones. Sería extraño que mientras muy a menudo se obedece sin vacilar a una disciplina que no se comprende y no se siente, no se logre actuar según una línea que nosotros mismos contribuimos a trazar, y a mantener firmemente coherente. Ya que es éste el carácter de la disciplina autónoma: ser la vida misma, el pensamiento mismo de quien la observa. La disciplina que el Estado burgués impone a los ciudadanos hace de estos sus súbditos, que se ilusionan falsamente con influir sobre el desarrollo de los acontecimientos. La disciplina del partido socialista hace del súbdito un ciudadano: ciudadano ahora rebelde, justamente porque habiendo adquirido conciencia de su personalidad, siente que ésta sufre cortapisas y no puede afirmarse libremente en el mundo. (2)

Notas de la edición italiana:

- (1) Se refería al cuento *Servicio de la reina*, en Rudyard Kipling, *Le livre de la jungle*, trad. de Louis Fabuletto e Robert D'Humières, Mercure de France, París 1911, pp. 249-282, que es la edición que puede haber sido conocida por Gramsci (por una señal, cf. *Lettere*, 782-83)
- (2) Los mismos conceptos de este artículo serán retomados y desarrollados en el artículo de Andrea Viglione, *Disciplina*, en *Il Grido del Popolo*, del 2 de febrero de 1918.

Dos invitaciones a la meditación

Ocurre a menudo a los jóvenes, en la discusión, el que deban responder a las objeciones que se refieren a los problemas últimos de la existencia. Los adversarios saben que estos problemas son los que hacen temblar las venas y el pulso aun al expositor más consumado. Precisamente por eso les propongo, para tratar de confundirlos y de hacerlos callar, viniéndolos por completo en la polémica. Reproducimos dos fragmentos a ese fin. El primero es de Benedetto Croce (1), el más grande pensador de Europa en este momento (2), y ha sido publicado el año pasado en la revista *La Critica*, dirigida por el mismo Croce. El segundo es de Armando Carlini (3), y es un fragmento del librito *Avvicinamento allo studio della filosofia*, que aconsejamos vivamente leer y meditar (integra la colección "Escuela y Vida", del editor Battiato, y cuesta una lira). La dificultad de la respuesta que se puede dar a ciertas preguntas, no autoriza a ninguno a hacerlas sólo para crear turbación en los espíritus; (...1) (4) A los jóvenes les aconsejamos la meditación. Toda pregunta puede tener su respuesta. Basta para eso la reflexión. En la discusión se deben atrincherar, en estos casos, en la dificultad que para responder a ciertas demandas han tenido aun los más grandes pensadores. Si se quisiese hacer suponer que se puede responder victoriosamente a cualquier objeción, se pasaría simplemente al conjunto de los vanidosos vacíos e insulsos.

La Città futura, p. 3. Recogida en *Scritti 1915-1921*, apéndice, 294.

Notas de la edición italiana:

- (1) El fragmento de Benedetto Croce está tomado del escrito *Religione e serenità*, en *La Critica*, año XIII, fascículo 2, 20 de marzo de 1915, pp. 153-55, luego incluido en *Etica y política*, Laterza, Bari 1945, pp. 23-25. Para las consecuencias sacadas por Gramsci de la lectura del fragmento en cuestión, es importante recordar una breve nota no firmada, pero atribuible a él, aparecida en *Grado del Popolo* del 5 de enero 1918: "Nada puede ser reemplazado si los innovadores no tienen a su disposición algo con qué sustituirlo. La religión es una necesidad. No es un error. Representa la forma primordial e instintiva de las inquietudes metafísicas del hombre. Los socialistas deben reemplazar la religión con la filosofía. Por eso debe haber una filosofía." El escrito de Croce será reeditado con el título *La*

unità della religione en una nueva redacción, en *L'Ordine Nuovo*, año II, N° 10, 17 de julio de 1920, ahora incluido en *La cultura italiana del '900' a través de las revistas*, vol VI: *L'Ordine Nuovo (1919-1920)*, al cuidado de Paolo Spriano, Einaudi, Torino, 1963, pp. 546-48. Cf. también Q, II, 1217 y 1233, y L, 466.

- (2) Idéntica opinión sobre el filósofo italiano (el "más grande de nuestro tiempo Benedetto Croce") fue expresada por George Sorel en las conclusiones de su artículo *El destino de Austria*, aparecido en *Avanti!* del 16 de mayo de 1915.
- (3) El pasaje del gentiliano Carlini está tomado del opúsculo *Avvicinamento allo studio della filosofia, seguito da una piccola guida bibliografica per i giovani studiosi di filosofia e pedagogia*, Battiato, Catania, 1914 (*Scuola e vita*) pp. 81-86; fragmento reeditado en *L'Ordine Nuovo*, año II, N° 15, 4 de septiembre de 1920. Además de los fragmentos de Croce y de Carlini figuraba en *Città futura* un texto de Salvemini titulado *Cosa è la cultura*. El texto —precisaba Gramsci, es tomado "del librito *Cultura e laicità* de Gaetano Salvemini, publicado en la colección *Scuola e vita* del editor Battiato, Catania, 1914. Librito que todos los jóvenes deberían leer" Cf. G. Salvemini *Scritti sulla scuola*, al cuidado de L. Borghi y B. Finnochiaro, Feltrinelli, Milán, 1966, pp. 1029-33. Una referencia a este escrito se encuentra también en la carta de Gramsci de marzo de 1918 a Giuseppe Lombardo-Radicci sobre "Club de vida moral" (el texto de la carta en *Rinascita*, año XXI, N° 10, 7, marzo 1964.)
- (4) Una línea y media ilegible.

Márgenes

1. El esfuerzo hecho para conquistar una verdad, hace aparecer un poco como propia la verdad misma, aun cuando a la nueva enunciación no se le agrega nada de verdaderamente propio, no se le da una leve coloración personal. A menudo se plagia a los otros inconscientemente, y se genera desilusión por la frialdad con que son acogidas afirmaciones que considerábamos aptas para conmover, entusiasmar. Amigo mío, nos repetimos desconsoladamente, el tuyo era el huevo de Colón. Y bien, no me importa ser el descubridor del huevo de Colón. Prefiero repetir una verdad ya conocida a malgastar la inteligencia para fabricar paradojas brillantes, ingeniosos juegos de palabras, acrobacias verbales, que hacen sorpreir, pero no hacen pensar.

La "jardinera" plebeya es siempre la sopa más nutritiva y apetitosa, justamente porque está preparada con las legumbres más comunes. Me place verla engullir a grandes cucharadas por hombres fuertes y ricos en jugos gástricos que llevan en la fuerza de su voluntad y de sus músculos el porvenir. La verdad más trillada nunca está lo bastante repetida, porque esa es la que se vuelve máxima y estímulo para la acción de todos los hombres.

2. Cuando discutas con un adversario, trata de meterte en sus ropas. Lo comprenderás mejor y tal vez terminarás por concederle que tiene un poco, o mucho, de razón. He seguido por algún tiempo este consejo. Pero las ropas de mis adversarios estaban tan sucias que he concluido: es mejor ser injusto alguna vez que experimentar de nuevo este asco que nos hace desmayar.

3. La deserción del socialismo de muchos así llamados intelectuales (a propósito: ¿intelectual significa siempre inteligente?) se ha transformado para los "insulsos" en la mejor prueba de la pobreza moral de nuestra idea. El hecho es que fenómenos similares han ocurrido y siguen en curso en el positivismo, el nacionalismo, el futurismo, y todos los otros "ismos". Son los provocadores de crisis, los hombres de poco ánimo, siempre en torno de un punto fijo, que se lanzan sobre la primera idea que se presenta con la apariencia de poder transformarse en un ideal y se nutren de ellas mientras dura el esfuerzo por apoderarse de las mismas. Cuando se ha arribado al fin de ese esfuerzo y se advierte (pero esto es efecto de la poca profundidad intelectual, del escaso ingenio, en el fondo) que ella no basta para todo, que existen problemas cuya solución (si existe) está fuera de aquella ideología (pero tal vez está ligada a ella en un plano superior), se pasa a cualquier otra cosa que sea una verdad,

que represente todavía una incógnita y por consiguiente presente probabilidades de nuevas satisfacciones. Los hombres buscan siempre fuera de sí mismos la razón de sus fracasos intelectuales; no logran convencerse de que la causa suele ser su poco empeño, la falta de carácter y de inteligencia. Son los diletantes de la fe, y también los diletantes del saber.

Todo eso en la mejor de las hipótesis. Para muchos las crisis de conciencia no es otra cosa que una letra de cambio vencida o el deseo de abrir una cuenta corriente.

4. Se dice que en Italia se encuentra el peor socialismo de Europa (1). Y es así: Italia tiene el socialismo que se merece.

5. El progreso no consiste en otra cosa que en la participación de un número cada vez mayor de individuos en un bien. El egoísmo es el colectivismo de los apetitos y las necesidades de un individuo; el colectivismo es el egoísmo de todos los proletarios del mundo. Los proletarios no son verdaderos altruistas en el sentido que le ha dado a esa palabra los humanitarios sensibleros. Pero el egoísmo del proletariado está ennoblecido por la conciencia que el proletariado posee de que no puede satisfacerlo si no lo han satisfecho al mismo tiempo todos los individuos de su misma clase. Y por eso, el egoísmo proletario crea inmediatamente la solidaridad de clase.

6. Se ha dicho: El socialismo ha muerto en el mismo momento en el que se ha demostrado que la sociedad futura que los socialistas decían estar creando era sólo un mito bueno para las masas (2). También yo creo que el mito se ha disuelto en la nada. Pero su disolución era necesaria. El mito se vino formando cuando estaba todavía viva la superstición científica, y se tenía una fe ciega en todo lo que era acompañado del atributo científico. La realización de esa sociedad modelo era un postulado del positivismo filosófico, de la filosofía científica. Pero esta concepción no era científica, era sólo mecánica, áridamente mecánica. Ha quedado el recuerdo en el reformismo teórico (pero aun la *Crítica Social* no se llama ya: *Revista del socialismo científico* (3)) de Claudio Treves, un juego de fatalismo positivista en el que lo determinante son las energías sociales abstractas del hombre y de la voluntad, incomprensibles y absurdas: una forma de misticismo árido y sin que se despierten pasiones dolorosas. Era ésta una visión libresca, sólo basada en papeles, de la vida; se ve la unidad, el efecto, no se percibe lo múltiple, de lo cual el hombre es la unidad y síntesis. La vida es para quienes piensan así un alud al que se observa desde lejos, en su irresistible caída. ¿Puedo yo detenerla?, se pregunta el homínulo; no, ya que no obedece a una voluntad. Porque la avalancha humana obedece a una lógica que caso por caso puede no ser la mía individual, y yo individuo no tengo la fuerza de

pararla o de hacerla desviar, me convengo que ella no tiene una lógica interna, pero obedece a las *leyes naturales* intangibles.

Ha llegado la *débâcle* de la ciencia, o mejor dicho, la ciencia se ha limitado a resolver sólo los asuntos que le son presentados: se ha perdido la confianza ciega en sus deducciones y ha tramontado el mito que ella misma había contribuido con fuerza a suscitar. Pero el proletariado se ha renovado; ninguna decepción va a extinguir su convicción, como ninguna helada destruye el retoño colmado de jugos vitales. Ha reflexionado sobre sus propias fuerzas, y sobre cuanta fuerza es necesaria para el logro de sus fines. Se ha vuelto más noble en la conciencia de las cada vez mayores dificultades que ve ante sí, y en el propósito de sacrificios siempre mayores que siente debe hacer. Ha llegado a un proceso de internalización: se ha trasladado de lo externo a lo interno el factor de la historia: a un período de expansión le sucede siempre uno de intensificación. A las leyes naturales, al devenir fatal de las cosas de los pseudo-sabios las ha sustituido: la voluntad tenaz del hombre.

El socialismo no está muerto, porque no han muerto los hombres de buena voluntad.

7. Se ha hecho irrisión, y se la hace todavía, del valor *número*, el que sería un valor solamente democrático, no revolucionario: de la boleta electoral, no de la barricada. Pero el *número*, la *masa*, ha servido para crear un nuevo mito: el de la universalidad, el de la marea que asciende irresistible y fragorosa y echará al suelo la ciudad burguesa sustentada sobre los puntales del privilegio. El *número*, la *masa* (tanto en Alemania, como en Francia, América, Italia... que todos los años crecen, crecen...) ha consolidado la convicción de que todos los individuos han de participar en algo grandioso que está madurando y del cual cada nación, cada partido, sesión, grupo, individuo, es una molécula que recibe y restituye revigorizada la savia vital que con su circulación enriquece todo el conjunto del cuerpo socialista mundial. Los millones de infusorios que nadan en el Océano Pacífico construyen desmesurados arrecifes de coral bajo el nivel del agua: un terremoto hace aflorar los arrecifes y se forma un nuevo continente. Los millones de socialistas dispersos en la vastedad del mundo trabajan como ellos en la construcción de un continente nuevo: y el terremoto (...) [*corta de dos líneas censuradas*]

8. Es más fácil convencer a quien no ha participado nunca de la vida política que a quien ya ha pertenecido a un partido, ya formado y rico en tradiciones. Es inmensa la fuerza que la tradición ejerce sobre el espíritu. Un clerical, un liberal, que se han transformado en socialistas, son otras tantas cajas de sorpresas que pueden explotar de un momento a otro con efectos letales para nuestra unión. Las almas vírgenes de los hombres de campo, cuando se convencen de una

verdad, se sacrifican por ella, hacen todo lo posible por hacerla realidad. Quien se ha convertido, es siempre un relativista. Ha experimentado en sí mismo una vez cuán fácil es equivocarse en la elección del propio camino. Por tanto le queda un fondo de escepticismo. Y quien es escéptico no tiene el coraje necesario para la acción. Prefiero que se sume al movimiento un campesino en lugar de un profesor universitario. Sólo que el campesino debería tratar de hacerse de tanta experiencia y tanta amplitud mental como la que puede tener un profesor, para no volver estéril su acción y su posible sacrificio.

9. Acelerar el porvenir. Esta es la necesidad más sentida en la masa socialista. ¿Pero, qué es el porvenir? ¿Existe como algo verdaderamente concreto? El porvenir no significa proyectar hacia el futuro la voluntad de hoy como si ya se hubiese modificado el ambiente social. Por lo tanto acelerar el porvenir significa dos cosas. Es lanzarse a extender esta voluntad a un número tal de hombres como se presuma sea necesaria para hacer fructificar la misma voluntad. Esto será un progreso cuantitativo. O bien: Es lanzarse a volver esta voluntad tan intensa en la minoría actual, que sea posible la ecuación $1=1.000.000$. Y esto sería un progreso cualitativo. Encender la propia alma y hacer brotar miríadas de chispas. Esto es necesario (...) [algunas palabras censuradas]. Esperar a conseguir la mitad más uno es el programa de las almas tímidas que esperan el socialismo de un decreto refrendado por dos ministros.

La Città futura, pp. 3-4. Recogido en SG, 82-87.

Notas de la edición italiana:

- (1) Probable referencia a una opinión de Giustino Fortunato: "Probablemente el movimiento socialista italiano es el menos socialista entre todos los de Europa, con sus efectivos pequeño-burgueses e industriales, mezcla de política y de oportunismo, de proteccionismo y cooperativismo" Cf. G. Fortunato, *Páginas y recuerdos parlamentarios*, Vallecchi, Florencia, 1927, vol. II, p. 36.
- (2) Gramsci se refería a los escritos en forma de diálogo de Benedetto Croce, *La muerte del socialismo*, publicado con el seudónimo de Falea di Calcedonia en *La Voce*, año III, N° 6, 9 de febrero de 1911; ahora en B. Croce, *Cultura e vita morale. Intermezzi polemici*, Laterza, Bari, 1955, pp. 150-159.
- (3) El subtítulo *Rivista quindicinale del socialismo scientifico* apareció el 1° de enero de 1893, año III, N° 1; luego (del 1° de julio de 1899, año VIII, N° 10) el subtítulo cambió a *Rivista quindicinale del socialismo*. Sobre el concepto de "científico", "¿qué es científico?" cf. Q, II, 826-27.

Modelo y realidad

Modelo es el esquema típico de un determinado fenómeno, de una cierta ley. El sucederse de un modo uniforme de los hechos permite fijar las leyes, trazar los esquemas, construir los modelos. A condición de que no se asigne a estas abstracciones intelectuales valores absolutos, tienen una considerable utilidad pedagógica: sirven admirablemente para volver a colocarse en el centro mismo del acto fenoménico que se desarrolla y va elaborando todas las posibilidades, todas sus tendencias finales. Y cuando se logra cumplir este acto inicial, lo principal está listo: la inteligencia logra comprender el desenvolvimiento del hecho, lo comprende tanto como parte de una totalidad como en su individualidad. El modelo, la ley, el esquema son, en sustancia, recursos metodológicos que ayudan a adueñarse de la realidad, son recursos críticos para iniciarse en el conocimiento y el saber exactos.

Construyamos uno de estos modelos. Imaginemos la sociedad en esquema. Cien familias, divididas en las dos clases históricas que actualmente se disputan la iniciativa en la política, en la producción, en la distribución. Niños, ancianos, mujeres: trabajadores y burgueses. 75 familias viven del salario, 10 familias de sueldos de funcionarios (la burocracia en sentido lato); 15 familias de ganancias empresarias. La riqueza total es de tres millones, lo que significa una proporción de 6000 liras por habitante (estimando que cada familia está compuesta de cinco personas, padre, madre, dos hijos y un viejo o un enfermo, absolutamente improductivo). La renta de esta riqueza es fruto del trabajo de los proletarios. Ello da un valor de 2250 liras por día, que son distribuidas del siguiente modo: 850 liras a las 85 familias de asalariados, y 1500 liras a las 15 familias de capitalistas. En tiempos normales las dos partes oscilan continuamente: crece la producción, la moneda adquiere mayor valor, aumenta su poder adquisitivo, se incrementa el bienestar relativo, crecen las necesidades, crece la conciencia de ellas, y por consiguiente la demanda de mejoras. Para hacer esto posible, la burguesía capitalista aguza el ingenio, mejora la técnica, la producción se multiplica; la tesis y la antítesis ponen sus fuerzas respectivas en juego, que se sintetizan en la progresiva aceleración del ritmo de trabajo: estas aceleraciones marcan las etapas históricas de la sociedad burguesa, que se supera continuamente a sí misma, ampliando su propio aliento, acentuando cuanto es posible los contrastes, tratando de satisfacer todas las demandas en la medida compatible con la propia conserva-

ción, todos los deseos, la búsqueda de un bienestar cada vez mayor, de una siempre creciente autonomía e independencia de los individuos. Pero la relación jurídica entre las clases permanece inalterada, porque responde a la regla matemática de que cambiando en proporciones iguales los miembros de una ecuación, el resultado de la ecuación no cambia. El proletario es a uno, como el capitalista es a 100; si el proletario pasa a representar 2, 3, 4; la relación permanece siempre 1 a 100, el proletario permanece proletario, el capitalista sigue siendo capitalista (...) [*Algunas líneas censuradas*].

El modelo es sólo un esquema, es verdad, tiene sus defectos y sus estrecheces, es verdad. ¿Pero está tan alejado de la realidad? En la vida normal el escorbuto es una excepción; pero ¿son excepciones el analfabetismo, la vida en sótanos húmedos e insalubres de la Italia Meridional: son excepciones los casos de tuberculosis entre las tejedoras, la carencia de toda posibilidad de vida espiritual, la necesidad de hacer trabajar a los niños, y todas las otras desdichas que cualquiera puede verificar en su entorno? Y bien, para algunos de estos males, es el modelo el que actúa, el que dicta sus leyes, el que trunca el camino de una parte de la humanidad, y con su sangre roja alimenta las venas de los magullados de la otra orilla, da la posibilidad del vicio, de la enfermedad por la crápula, a los de la otra orilla. Es decir a los proletarios (...) [*Algunas palabras censuradas*] y es también un deber de moral colectiva.

La Città futura, p. 4 y *Avanti!*, 19 de febrero de 1917,
bajo el título *Las delicias de la economía liberal. La ley de la
libre adquisición*. En el *Avanti!* aparece suprimido por la
censura el último párrafo completo.
Incluido en *Scritti 1915-1921*, 45-46.

El movimiento juvenil socialista

El movimiento juvenil en Italia se ha caracterizado siempre por un ardor y una combatividad inextinguible y maximalista⁶; sea tomando abierta y clara posición entre las distintas tendencias por las tesis más intransigentes, más puras y extremas, como corresponde a la edad (cuidado con los jóvenes viejos⁷), sea ocupándose de los problemas más delicados de la vida italiana, como el de la democracia cristiana⁷, fieramente hostigada desde su nacimiento, o con agitar y, en cierto modo, imponer, el de la masonería, cáncer que roe la cohesión y la autonomía del viejo socialismo populista y colaboracionista.

De ese modo fue a la vanguardia, decidido y seguro, en la campaña antibélica y por la neutralidad en el actual trágico conflicto europeo. Ante el leve titubeo de los dirigentes, sorprendidos al comienzo por la complejidad del proceso histórico actual, el movimiento reaccionó como un solo hombre, y ha sido el único movimiento en Europa que no ha dado ni siquiera una minoría a la fascinación guerrera.

-
6. La diferenciación entre las corrientes socialistas radicales, que enfatizaban el cumplimiento del programa máximo y las reformistas, que privilegiaban el programa mínimo, se originó en la socialdemocracia alemana a fines del siglo XIX. Ambas secciones del programa se encontraban ya en el Programa de Erfurt, de 1891. En Italia la polémica existió desde 1895, y hubo un período de predominio reformista, que se extendió hasta 1912. Con el estallido de la guerra las corrientes más radicales se tomaron ampliamente mayoritarias. En el congreso de Bolonia, de 1919, esta corriente comenzó a llamarse abiertamente "maximalista". De allí se diferenciarían la izquierda abstencionista de Bordiga y el grupo torinés "ordinovista" para formar el PC de Italia en 1921. En el contexto de este escrito, Gramsci parece aplicar el calificativo "maximalista" en el sentido genérico de "radical". (N. del T.)
 7. Democracia cristiana designa aquí a la tendencia política afín a la Iglesia, cuya denominación partidaria en Italia era Partido Popular, estructura con la que los católicos italianos habían entrado en el mapa partidario nacional recién en 1913, después de un prolongado ostracismo frente a la monarquía tendencialmente anticlerical de la casa de Saboya, que había emergido del Risorgimento destruyendo el poder temporal de los papas y anexionando en 1870 la ciudad de Roma como capital del reino. Un partido llamado "democracia cristiana" se crea recién en el postfascismo. (N. del T.)

De ese modo Arturo Vella caracteriza en el *Almanaque Socialista* (1) al movimiento juvenil. Y mucho más podría decirse si la censura no estuviese pronta para tronchar todo lo que vaya contra la corriente.

En Italia el movimiento juvenil comenzó a surgir alrededor de 1898. Esa es una gran fecha en la historia de Italia. Es una fuerza nueva que se inserta en la lucha política. Una fuerza desinteresada, plena de íntima energía moral, que ha tenido una gran eficacia en la transformación del espíritu público italiano, haciéndolo más serio, más reflexivo, más cohesionado. Especialmente en la Italia meridional.

En Piamonte, en Lombardía, en Emilia, en Toscana el movimiento juvenil está especialmente difundido y robusto. Pero en estas regiones el fenómeno no es tan significativo como en la Italia meridional. La vida política allí es ya compleja; ha permeado estratos profundos de la población. En la Italia meridional, en cambio, donde no existen hábitos políticos, donde todos los presidentes de Consejo cultivan los feudos electorales, que sirven para fortalecer los acuerdos parlamentarios, y constituir la mayoría, el movimiento juvenil significa el surgimiento inicial de una nueva generación, libre, desprejuiciada, que romperá la tradición, y que superará el empantanamiento político.

Aquí un cuadro sintético de la evolución de las afiliaciones a la Federación Juvenil Italiana:

Año	Número de secciones	Número de inscriptos
1907	40	1449
1908	142	2955
1909	141	3362
1910	186	4403
1911	227	5361
1912	273	5810
1913	280	6040
1914	283	6145

Para los últimos dos años no se puede por ahora dar cifras oficiales. Podemos sin embargo decir que pese a que la guerra había quitado a la organización la mitad, al menos, de los inscriptos, aun así los afiliados han aumentado. Su número supera con seguridad los 10.000. Se ha realizado un esfuerzo admirable. El estallido de la guerra ha estimulado a los

indecisos, ha puesto violentamente su conciencia frente a la realidad; y les ha constreñido a decidirse, a hacer aquello que en el fondo no era lo que ellos debían implementar.

Sólo Piamonte cuenta cerca de 2000 inscriptos. En Torino hay 9 secciones con otros 500 afiliados, y las sesiones funcionan regularmente, y estos jóvenes llevan el peso de su convicción a la vida socialista y política de la ciudad.

Este es el listado de secciones:

Fascio Centro, Corso Siccardi 12
 Borgo San Paolo e Cenisia, Via Virle 9 bis
 "Andrea Costa", Via Massena 103
 "Augusto Bebel", Via Pomaro 4
 "Carlo Marx", Via Nizza 222
 "Amedeo Catanesi", Via Feletto 5
 Borgo Vittoria, Casa del popolo
 "Avanguardia", Via Lessolo 31
 Pozzo Strada, Via Freidouir.

Algunos otros están en formación. Y el camino ascendente no se detendrá ahora. La acción educativa que cumple el movimiento juvenil está plena de sugerencias. Una cantidad cada vez más grande de jóvenes experimenta la necesidad de formarse, de dotarse de una conciencia que sepa comprender y resolver adecuadamente todos los problemas que la vida propone. Se siente olor a novedad en el aire. El mundo ha dado un giro decisivo. Todos sienten que es necesario estar bien firme, en pie, para resistir el sacudón y estar preparado para sustituir al viejo edificio con el nuevo, iluminado por el sol, y aireado por el ideal que no muere.

La Città Futura, p. 4. Recogido en SG, 87-89.

Notas de la edición italiana:

- (1) Cf. Arturo Vella, *Il movimento giovanile socialista in Italia*, in *Almanacco socialista italiano* 1917, Edizioni Avanti!, Milan 1917, p. 144. Arturo Vella (1886-1943), líder de la juventud socialista y director hasta 1912 de *L'avanguardia*, vicesecretario del Partido Socialista italiano.

La Ciudad Futura

Le hemos dado a este periódico un título que no es solamente nuestro. Antes de que la guerra se expandiese por el mundo con su flagelo irresistible, con algunos amigos se había decidido lanzar una nueva revista de vida socialista (1) que fuese como un hogar de nuevas energías morales, de un espíritu nuevo (...) [*una palabra consagrada*] e idealista de nuestra juventud. Hubiera debido poseer empuje y reflexión, estímulo a la acción y al pensamiento. Con la gran confianza de nuestro ánimo, pleno de juventud y entusiasmo, pensábamos recomenzar una tradición puramente italiana, la tradición mazziniana⁸, revivida por los socialistas. Pero la intención no ha sido abandonada. La porción de nuestro ánimo que la guerra nos ha arrebatado, retornará al hogar. Y la revista será una realidad. Este número único no es por cierto una muestra. Es una invitación y una incitación. Quien esté convencido de que el pensamiento y la cultura socialista tienen mucho aún por hacer, y que una nueva voz de los jóvenes puede todavía decir muchas cosas, envíe su adhesión, y sus sugerencias, y sus votos a esta dirección: *La città futura*, corso Siccardi 12, Torino. Queremos convencernos de que nuestra obra responda a una necesidad, y pueda encontrar a un público que la sostenga y la mejore con la colaboración emanada de su fervor.

La Città Futura, p. 4. Recogido en *Scritti 1915-1921*, p. 47. En esa página se lee también el siguiente fragmento escrito en letra cursiva: "¿Puede un diario ser escrito de modo que contente a todos sus lectores? Proponerse un fin tal sería vano. Aquello que para uno es residuo, para otro será sustancia, y viceversa. Sólo importa que el residuo no sea nunca tal como para serlo para todos, y que por no satisfacer obligue a pensar, y se vuelva por tanto activo del mismo modo que la otra parte."

8. Giuseppe Mazzini encarna la tradición republicana, tempranamente orientada a la consecución de la unidad nacional italiana, con independencia de los poderes establecidos del Imperio austriaco, el Papa y la monarquía piemontesa. Fundó en el exilio "La Joven Italia" una logia secreta que apuntaba tempranamente a

Notas de la edición italiana:

- (1) Una referencia a este proyecto de revista se encuentra en la carta de Gramsci a *l'Avanguardia*, 1^a de abril de 1917, y en el artículo "Un agente provocador" en *Hoz y Martillo*, año II, n° 14, cuatro de junio de 1921 (scrifti 1915-1921, 260-271): "El compañero Togliatti ha hecho los estudios universitarios junto a los compañeros Gramsci y Tasca. Los tres eran socialistas ya por entonces, y hacían vida en común: ya entonces habían decidido compilar juntos una reseña de cultura socialista, que hubiera debido llamarse *La città futura*, y en cambio fue *L'Ordine Nuovo*.

Fin de La Ciudad Futura.

la unificación nacional bajo formas liberal-republicanas. Gramsci señaló repetidamente en sus escritos tanto la amplia proyección como los fuertes límites del proyecto mazziniano, a la postre derrotado por los "moderados" del Piamonte dirigidos por el conde Cavour, que lograron el *risorgimento* a través de una gradual expansión del reino de Piamonte por la península italiana. (N. del T.)

Otros escritos

Carácter¹

Nuestros adversarios no se preocupan de juzgar la actitud de los socialistas de acuerdo a los principios y métodos que los socialistas han siempre propiciado y seguido. Dicen querer juzgar verdaderamente, y hacer cosas concretas. No intentan ni siquiera este juicio, no son capaces.

Frente a los hombres de carácter, pierden la brújula, titubean en la oscuridad, se desesperan en todos los callejones sin salida del chisme, la maledicencia, la difamación. No comprenden un camino rectilíneo, rigidamente coherente. Son hipnotizados por los hechos, por la actualidad. No comprenden a los hombres de carácter, que pesa y juzga a los ecos no tanto por sí mismos, sino de acuerdo a su concatenación con el presente y el futuro. Que por consiguiente juzga los hechos especialmente por sus efectos, por su proyección en la eternidad. Son místicos de los hechos. Y el místico no puede juzgar, puede solamente bendecir u odiar.

Pero esta es la fuerza de los socialistas italianos. Haber conservado un carácter. Haber logrado vencer el sentimentalismo, logrado sofocar los palpitos del corazón, como estímulo a la acción, a las manifestaciones de la vida colectiva. Los socialistas italianos han realizado en este período de la historia, la humanidad más perfecta para los fines de la Historia. La humanidad que no cae en las fáciles trampas de la ilusión. La humanidad que ha rechazado como inútiles y nocivas, las formas inferiores de la vida espiritual: el impulso del buen corazón y del sentimentalismo.

Los ha rechazado conscientemente. Porque ha sabido asimilar las enseñanzas de sus más grandes maestros, y de las enseñanzas que brotan espontáneamente de la realidad burguesa bajo los reactivos de la crítica socialista. Los socialistas italianos se han mantenido inamovibles dentro de las condiciones determinadas por las exigencias de las clases sociales. No se han turbado, como colectividad, por los espectáculos dolorosos que se presentan ante sus ojos. No han desfallecido, como colectividad, cuando se ha arrojado a sus pies el cadáver todavía palpitante de un niño asesinado. La conmoción que cada uno ha experimentado, el estremecimien-

1. Éste y los siguientes artículos de esta sección han sido compilados y traducidos por Daniel Campione.

to del corazón, la simpatía que cada uno ha podido experimentar, no han horadado la granítica cohesión de la clase.

Si cada persona tiene un corazón, la clase, como tal, no tiene corazón en el sentido que habitualmente le da a esa palabra el humanismo reblandecido. La clase tiene una voluntad, la clase tiene un carácter. De esta voluntad, a partir de este carácter, se plasma toda su vida, sin residuo alguno. No puede haber otra solidaridad que la de clase, otra forma de lucha que la de clase, otra nación que la clase, que es internacional. Su corazón está en la conciencia de ser una clase, de sus fines, la conciencia de su porvenir. Del porvenir que es solamente suyo, para el cual no demanda solidaridad y colaboración a nadie, por el cual no pretende que palpite el corazón de nadie, sino que palpita solo, en su inmensa potencialidad dinámica y creadora, su voluntad tenaz, implacable contra todo y todos los que le sean extraños.

Nuestros adversarios no comprenden esto. En Italia no se conoce el carácter. Esta es la única cosa que los socialistas pueden aportar, y han aportado a la italianidad. Han dado a Italia aquello que hasta ahora le ha faltado siempre. Un ejemplo vivo y dramáticamente palpitante de carácter diamantino y fieramente orgulloso de sí mismo.

Publicado en *Il Grido del Popolo*, 3 de marzo de 1917.

¿Una revolución contra “El Capital”?

La revolución de los bolcheviques ya está definitivamente incorporada en la revolución general del pueblo ruso. Los maximalistas, que eran hasta hace dos meses el fermento necesario para que los acontecimientos no se estancasen, para que la carrera hacia el futuro no se cerrase, dando lugar a una forma definitiva de orden que hubiese sido un orden burgués, se han hecho con el poder, han establecido su dictadura, y están elaborando las formas socialistas en las cuales la revolución deberá finalmente asentarse para continuar desarrollándose armónicamente, sin choques excesivos, partiendo de las grandes conquistas ya realizadas.

La revolución bolchevique está conformada de ideología más que de hechos (en el fondo, poco importa saber más de lo que sabemos). Ella es la revolución contra *El Capital*, de Carlos Marx. *El Capital* de Marx era, en Rusia, el libro de los burgueses, más que el de los proletarios. Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formase una burguesía, se iniciase una era capitalista, y se instaurase una civilización de tipo occidental; antes de que el proletariado pudiese siquiera pensar en rebelarse, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado a la ideología. Los hechos han hecho caducar los esquemas críticos de acuerdo a los cuales la historia de Rusia habría debido desenvolverse según los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques reniegan de Carlos Marx, afirman con el testimonio de la acción desarrollada, de las conquistas alcanzadas, que los cánones del materialismo histórico no son tan rígidos como podría pensarse y como se han pensado.

Sin embargo, hay algo inexorable, incluso en estos acontecimientos, si los bolcheviques rechazan algunas afirmaciones de *El Capital*, no han rechazado el pensamiento inmanente, vivificador que allí se contiene. Ellos no son “marxistas”, después de todo; no han configurado con base en las obras del Maestro una doctrina plagada de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, aquel que no muere jamás, que es la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, y que en Marx se había contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas. Y este pensamiento coloca siempre como factor decisivo de la historia no los hechos económicos, brutos, sino al hombre, la sociedad de los hombres, los hombres que se relacionan entre sí, desarrollando a través de

estos contactos (civilización) una voluntad social, colectiva, que comprende los hechos económicos, y los juzgan y adecuan a su voluntad, de modo que esa voluntad se torna la fuerza motriz de la economía, la plasmación de la realidad objetiva, que vive y se mueve, y toma caracteres de materia telúrica en ebullición, que puede ser encauzada hacia donde la voluntad humana lo desea.

Marx ha previsto lo predecible. No podía prever la guerra europea, o mejor, no podía prever que esta guerra iba a tener la duración y los efectos que ha tenido. No podía prever que esta guerra, tras tres años de indecibles sufrimientos, habría de suscitar en Rusia la voluntad popular colectiva que ha suscitado. Una voluntad tal, construida normalmente hubiera precisado para formarse de un largo proceso de infiltración capilar; de una larga serie de experiencias de clase. Los hombres son perezosos, han necesitado organizarse, primero exteriormente, en corporaciones, en ligas, después íntimamente, en el plano del pensamiento, de la voluntad en una incesante continuidad y multiplicidad de estímulos exteriores. Por eso normalmente los cánones de crítica histórica del marxismo comprenden la realidad y la tornan evidente y distinta. Normalmente, es a través de la lucha de clase, siempre intensificada, que las dos clases del mundo capitalista crean la historia. El proletariado experimenta su miseria actual, está continuamente en estado de desasosiego y presiona sobre la burguesía para mejorar su condición. Lucha, obliga a la burguesía a mejorar la técnica de la producción, a generar mayor producción para que sea posible la satisfacción de sus necesidades más urgentes. Es una afanosa carrera hacia el mejoramiento, que acelera el ritmo de la producción, que produce un continuo aumento del conjunto de bienes que servirán a la colectividad. En esta carrera muchos caen, y se vuelve más urgente el deseo de los rezagados, la masa se encuentra siempre en sobresalto, y del caos el pueblo consigue siempre más orden en el pensamiento, se vuelve más consciente del propio poder, de su capacidad para asumir la responsabilidad social, de convertirse en el árbitro de su propio destino.

Esto se da en los casos normales, cuando los hechos se suceden con un cierto ritmo. Cuando la historia se desarrolla a través de momentos cada vez más complejos y ricos de significado y de valor, y sin embargo similares. Pero en Rusia, en cambio, la guerra ha llevado a una explosión de la voluntad. A través de los sufrimientos acumulados en tres años, las voluntades se han encontrado al unísono muy rápidamente. La carestía era inminente, el hambre, la muerte por hambre amenazaba a todos, a diezmar de un golpe a decena de millones de hombres. Las voluntades se

movieron al unísono, primero mecánicamente, activa y espiritualmente después de la primera revolución (febrero).

La prédica socialista ha puesto al pueblo ruso en contacto con la experiencia de los otros proletariados. La prédica socialista les ha hecho vivir dramáticamente, en un instante, la historia del proletariado, sus luchas contra el capitalismo, la larga serie de esfuerzos que debe hacer para emanciparse culturalmente del vínculo del servilismo que lo mantenía en la abyección, para desarrollar nueva conciencia, testimonio actual del mundo por venir. La prédica socialista ha creado la voluntad social del pueblo ruso. ¿Por qué debían ellos esperar que la historia de Inglaterra se reproduzca en Rusia, que en Rusia se forme una burguesía, que la lucha de clases se entable, para que nazca la conciencia de clase y sobrevenga finalmente la catástrofe del mundo capitalista? El pueblo ruso ha pasado a través de estas experiencias con el pensamiento, siquiera con el pensamiento de una minoría. Ha superado esas experiencias. Ello le sirve para afirmarse a partir de ahora, como se servirá de la experiencia capitalista occidental para colocarse en breve a la altura de la producción del mundo occidental. La América del Norte es desde el punto de vista del capitalismo más avanzada que Inglaterra, porque allí los anglosajones han comenzado de un golpe desde el estadio al cual Inglaterra sólo arribó después de una larga evolución. El proletariado ruso, con una educación socialista, comenzará su historia desde el nivel máximo de producción al que ha arribado hoy Inglaterra, porque debiendo comenzar, comenzará de lo ya perfeccionado en otro sitio, y de lo perfeccionado recibirá el impulso para conseguir esa madurez económica que según Marx es la condición necesaria del colectivismo. Los revolucionarios crearán por sí mismos las condiciones necesarias para la realización completa y plena de sus ideales. Las crearán en menos tiempo del que ha necesitado el capitalismo. Las críticas que los socialistas han hecho al sistema burgués, para poner en evidencia sus imperfecciones, la dispersión de la riqueza, servirán a los revolucionarios para hacerlo mejor, para evitar aquella dispersión, para no caer en aquellas deficiencias. Pero las mismas condiciones de miseria y de sufrimiento formarán parte de la herencia de un régimen burgués. El capitalismo no puede de repente hacer en Rusia más de cuanto podrá hacer el colectivismo. Hará hoy mucho menos, porque tiene ahora en contra un proletariado descontento, furioso, ya incapaz de seguir soportando el dolor y la amargura que la crisis económica trae consigo. También desde un punto de vista absoluto, humano, el paso inmediato al socialismo tiene en Rusia una justificación. El sufrimiento que sobrevendrá después de la paz

sólo podrá ser soportado en la medida en que el proletariado sienta que está en acción su voluntad, su tenacidad en el trabajo de suprimirla en el menor tiempo posible.

Se tiene la impresión de que los maximalistas son en este momento la expresión espontánea, *biológicamente* necesaria, para que la humanidad rusa no caiga en la ruina más horrible, para que la humanidad rusa, concentrada en el trabajo gigantesco, autónomo, de la propia regeneración, pueda sentir menos los estímulos del lobo hambriento y Rusia no se vuelva una carnicería enorme de fieras que se despedazan entre sí.

Publicado en *Il Grido del Popolo*, 5 de enero de 1918,
recogido en *Scritti Giovanili*, 149-153.

Un año de historia

Un año ha transcurrido desde el día en que el pueblo ruso obligó al zar Nicolás II^a a abdicar y tomar el camino del exilio. La conmemoración del aniversario no resulta muy alegre. Dolor, ruina, apariencia de disgregación, contraofensiva burguesa encarnada en las bayonetas y las ametralladoras alemanas.

¿Se ha acabado la revolución rusa? ¿Ha fracasado el proletariado en Rusia, en la más grande de las tentativas de rebelión que se hayan producido jamás en la historia?). Las apariencias no son confortantes: los generales alemanes han arribado a Odessa, se dice que los japoneses están por intervenir; cincuenta millones de campesinos han sido aislados del campo revolucionario y con ellos las tierras más fértiles, las salidas al mar, los caminos de la civilización y de la vida económica. La revolución nacida del dolor y la desesperación, continúa sumida en el dolor y el sufrimiento, estrechada por un anillo de potencias enemigas, inmersa en un mundo económico refractario a sus ideales y sus objetivos.

En marzo de 1917 el telégrafo anunció que un mundo se había derrumbado en Rusia; un mundo ahora efímero, la inanimada apariencia de un poder que había surgido, se había reforzado e impuesto con la violencia sanguinaria, la represión de los espíritus y la tortura de los cuerpos lacerados. Ese poder había creado una gran máquina estatal. Ciento setenta millones de seres humanos eran constreñidos a olvidar su humanidad, su espiritualidad para servir ¿a qué? a la idea del Imperio ruso, del gran Estado ruso que debía arribar al mar cálido y abierto para asegurar su actividad económica tanto frente a la amenaza de sus competidores, como a cualquier sorpresa derivada de la guerra. El Imperio ruso era una monstruosa necesidad del mundo moderno: para vivir, desarrollarse, para asegurarse los caminos de su actividad, diez razas, ciento setenta millones de hombres debían someterse a una disciplina estatal feroz; debían renunciar a la humanidad y ser puro instrumento del poder. Son siglos de martirio y de crucifixión; y un martirio se vuelve mucho más agudo cuando la civilización se afirma y refina las conciencias. La necesidad de independencia, de autonomía, se hace sentir de modo cada vez más punzante; pero la razón de Estado requería exterminar millares, centenas de millares de individuos para conservar la unidad, para mantener vinculados estos ciento setenta millones, cuyo gran número es el único factor que permite

soportar la competencia capitalista y contrarrestar las fuerzas adversas de la competencia mundial. Los individuos, pierden toda autonomía, toda libertad, para que el Estado pueda ser autónomo y libre delante de los demás estados. Ello hizo que los individuos desarrollasen, en sus conciencias, cumbres de espiritualidad que no fueron igualadas en ningún otro país. La literatura rusa es un documento doloroso de una conciencia interior que no tiene paralelo: jamás había ocurrido una búsqueda tal de valores humanos, una exploración interior, una afirmación de personalidad de tales dimensiones. La literatura rusa es un documento único en la historia debido a que tampoco tenían paralelo en ella el dolor y la humillación a que estaban sometidos los hombres en Rusia. Los cuerpos se doblan bajo el peso de la cadena social; pero las almas, de las cuales se reprime la visión del mundo exterior, se vuelven hacia sí mismas. Y un canto se eleva, sublime y sobrehumano, un canto de dolor acallado, de desesperación, de purificación, al cual sólo se le puede encontrar una pálida semejanza en el de los profetas de Israel.

En marzo de 1917 la máquina monstruosa se deshace, podrida, deshecha en su propia impotencia congénita. Los hombres se levantan, mirándose unos a otros a los ojos. Todos los valores humanos se alzan. Lo externo ya no tiene valor, ha hecho demasiado mal, ha causado demasiado dolor, ha derramado demasiada sangre. Comienza la historia, la verdadera historia. Cada uno quiere ser dueño de su propio destino, se quiere que la sociedad sea plasmada en obediencia al espíritu, y no al revés. La organización de la convivencia civil debe ser expresión de humanidad, debe respetar todas las autonomías, todas las libertades. Comienza la nueva historia de la sociedad humana, y comienzan las nuevas experiencias de la historia del espíritu humano. Estas coinciden con las expresiones que el ideal socialista había dado a las necesidades elementales de los hombres. Los socialistas, como grupo político, acceden al poder sin demasiados esfuerzos: las palabras de su fe coinciden con las aspiraciones confusas y vagas del pueblo ruso.

Ellos deben realizar la nueva organización, deben dictar las nuevas leyes, establecer los nuevos reglamentos. El pasado continúa subsistiendo, si bien disgregado. Tiene la apariencia de la derrota, del desorden, de la confusión. Parece que se retorna a la sociedad bárbara, vale decir a la inexistencia de la sociedad. El pasado se empeña en subsistir mas allá del territorio de la libertad, presiona en busca de tomar su revancha.

El orden nuevo tarda en realizarse. ¿Tarda? Oh, hombres escépticos y perversos, no tarda, porque no se rehace una sociedad con un *fíat*, y los

males del pasado no son un edificio de cartón al que se incendia en un momento. La vida es un doloroso esfuerzo, una lucha tenaz contra los hábitos, contra la animalidad y el bajo instinto que ladra continuamente. No se crea una sociedad humana en seis meses, cuando tres años de guerra han dejado exhausto a un país, lo han privado de los medios básicos para la vida civilizada. No se reorganizan millones y millones de hombres en libertad, así, simplemente, cuando todo es adverso, y sólo el espíritu indomable puede subsistir. La historia de la revolución rusa no está cerrada y no se cerrará con el primer aniversario de su comienzo. Así como la poesía existe en la fantasía del poeta antes de haberse impreso en un libro, el advenimiento de la organización social existe en la conciencia y en la voluntad. Los hombres cambiaron, eso es lo que importa. Se quiere la exterioridad, el papel impreso. Se grita por cualquier fracaso, por cualquier aparente derrota.

Se pide a los rusos lo que los historiadores no piden a las revoluciones pasadas: la creación fulminante de un orden nuevo. Se suponen propósitos que jamás existieron, esperanzas jamás soñadas. Y tales propósitos y esperanzas son confrontadas con la realidad actual para concluir que ellos fracasaron, que llevaron a la ruina. Son confrontados con una realidad que se dice surgió en un año de nueva historia, pero que en realidad surgió como resultado de siglos de bestial supresión del hombre de la historia. Se pide lo imposible, aquello que jamás fue pedido a los hombres del pasado.

¿Cuántas veces la Revolución francesa ha visto ocupada la capital por los enemigos? Y la ocupación ocurrió después de que Napoleón había organizado autoritariamente las fuerzas revolucionarias, y había conducido los ejércitos franceses de victoria en victoria. Y Francia era muy pequeña en relación con la inmensa Rusia.

No, las fuerzas mecánicas no prevalecen ya en la historia: son los hombres, es la conciencia, el espíritu, el que plasma la apariencia exterior y termina por triunfar. Un año de historia concluyó, pero la historia continúa, la revolución continúa en dirección a transformar el mundo, aun cuando las apariencias contingentes parezcan desmentirlo: el mal jamás triunfa, pues constituye apenas la efímera espuma en el puro e infinito mar que fecunda la tierra y hace que ella pueda ser la morada de los hombres.

La Comuna

Luigi Molinari recopila bajo el título *Il dramma della Comune* (El drama de la Comuna) (Ediciones de la revista "Università popolare") seis conferencias cuyas dictadas en Milán durante 1917. Debemos ser claros con nuestros lectores: el folleto es perfectamente inútil.

Molinari hace una reconstrucción retórica de los acontecimientos, llena de palabras, plena de un entusiasmo ficticio que no puede dejar ningún rasgo útil. No tiene ningún sentido histórico: escribe sobre la Comuna como los libros escolásticos de las "Cinco jornadas de Milán": cambia el concepto del entusiasmo, no la cualidad y la forma. Es lo peor del "burguesismo", que manipula un acontecimiento proletario como si fuese un episodio del *Risorgimento*. La Comuna se presenta como una manifestación que ocupa un sector de la ciudad, como un frenesí, una anécdota, no como un hecho que tiene sus raíces profundas en la historia de la Francia contemporánea, que es una necesidad y en esta necesidad encuentra su justificación y su glorificación. No se responde a la crítica burguesa con el entusiasmo y las palabras altisonantes: esto puede ser cómodo, permite no pensar, no cansarse, pero en realidad, no es encomiable. ¿Dónde va a esconderse el realismo de los subversivos? ¿Dónde van a esconderse los reproches que los subversivos dirigen a los burgueses por su obra encaminada a obnubilar los cerebros, por la educación falsa que imparten, desfigurando los hechos, exagerando lo bueno y buscando de esconder lo malo?

Del bien y del mal está entrelazada la vida, toda la vida, también la proletaria. En la Comuna se han cometido errores, han habido debilidades, ¿para qué esconderlo? ¿Con qué fin dejar correr himnos de alabanza en lugar de examinar críticamente los acontecimientos, para remarcar los valores, para hacer notar cómo los errores, las debilidades son inherentes a cualquier acción humana y no pueden, no deben, sofocar los valores efectivos? De esta forma, el folleto de Molinari no cumple en absoluto con el objetivo que se propone. Un proletario que se sienta objetar la incapacidad administrativa, el empirismo infantil de un dirigente de la Comuna, no sabrá responder otra cosa que con un fragoroso ¡viva!; de otra manera, se sentirá profundamente humillado al tener que confesar que no había pensado jamás en esa cuestión, como tampoco en controlar a sus proveedores de mercancía intelectual, para pedirles nutrición sana y vigorosa en lugar de entusiasmos ficticios y palabras vacías.

Tu herencia

La sociedad contemporánea: una fiera rumorosa de hombres en delirio; en el centro de la fiera un carrousel que da vueltas de modo turbulento, fulmíneo. Cada uno de los presentes quiere saltar a la grupa de un vistoso y bien enjaezado caballito, a una sirena de lánguidos ojos; quiere recostarse sobre los blandos cojines de una calesita. Es un precipitarse desordenado y caótico de la muchedumbre en tumulto, es una obscena acrobacia de artes simiescos. Diez mil caen de espaldas, después de haberse roto los huesos, uno de diez mil pasa, se yergue sobre los innumerables cuerpos, da el salto justo, y sobrevuela el tumulto infernal.

Tu quieres participar en el concurso. Tienes probabilidades, también tu, de fortuna. Llegar significa volverse rico, ser señor de la vida, conquistar la propia libertad.

Cierto: la libertad. Detengámonos. La riqueza no es un fin, por cierto; si se vuelve un fin se la llama avaricia. Es medio para un fin: la libertad. Cada cinco centavos que poseas, son cinco centavos de libertad a tu disposición, cinco centavos de libre elección. La propiedad es la garantía de que esta libertad continúe existiendo. La propiedad de una parte de riqueza (instrumento de trabajo) significa la posibilidad de ampliar más todavía el dominio de la libertad personal. El derecho de herencia constituye la garantía de que tu libertad personal se transmitirá a tu prole, a tus seres queridos. Por lo tanto tu fin no es un limitado fin material, porque tú no estás ávido de bienestar mecánico, sino de libertad, por consiguiente tu fin no es individual, es una inmortalidad. Piensas que tus hijos te continuarán, como tu sucediste a tu padre, y quieres garantizar la libertad de tu espíritu inmortal. Esta inmortalidad es admitida por los laicos, por los filósofos: precisamente la que es llamada por los filósofos Espíritu, y viene a coincidir con la Historia, con todo lo humano, y no tiene nada que compartir con el espíritu (alma) trascendente, ultraterreno, de la religión. Es pura actividad: tu eres activo, trabajas, participas de la inmortalidad del trabajo, pero quieres ver exteriormente esta perennidad de tu ser: la buscas en tus descendientes, en la garantía de libertad que ellos aseguran.

Todos los hombres tienen esta aspiración, todos los hombres quieren volverse propietarios de libertad, de libertad garantida, transmisible. Si ese es el bien supremo, es natural que traten de hacer partícipes a sus propios seres queridos, es natural que acepten el sacrificio por crearla,

aún cuando sepan que no van a gozarla para sí mismos, sólo para asegurarla a sus seres queridos. La preocupación se vuelve en algunos casos tan punzante como para empujar al delito, a la perversión, al suicidio. Madres se prostituyen para recolectar un peculio de libertad a los hijos; *padres se matan con la apariencia de la desgracia*² para que los hijos gocen pronto de la seguridad de la libertad. La libertad es solo un privilegio: por eso se manifiestan estas perversiones. La sociedad es una fiera: la fortuna es un carrusel. La mayoría está destinada a fracasar en el concurso. ¿Entonces no alcanza el espíritu, no participa de la inmortalidad de la historia? ¿Existe la inmortalidad sin la continuidad exterior? Seguro que no. Existiendo, transforma el mundo, suscita por consiguiente formas exteriores.

Y bien, también tú, que no eres rico, que no eres capitalista, que no garantizas a tu inmortalidad ninguna continuidad de libertad, heredas y dejas una herencia. De otro modo no serías hombre, no serías espíritu ni serías historia. Es necesario que tomes conciencia de esta verdad, que esta conciencia se profundice en ti y se difunda a los otros. Esa es tu fuerza, es la llave de tu destino y del destino de tus seres queridos.

La propiedad es el vínculo jurídico existente entre un ciudadano y un bien. Es por lo tanto un valor social, puramente contingente; es garantizada por todos, que lo hacen solo porque esperan, cada uno individualmente, llegar a gozarla. Unos pocos son libres, en la posesión de bienes, y transmiten esta libertad a otros pocos, porque los muchos esperan, tienen la veleidad de ser libres, pero no la voluntad. La voluntad es adecuación de los medios al fin, y por tanto especialmente búsqueda de medios congruentes.

El privilegio de la libertad subsiste porque la sociedad es una fiera, porque es un perpetuo desorden. La esperanza que tú tienes de saltar *inmediatamente* a la grupa del caballito del carrusel, te hace elemento del desorden, de la fiera perenne: tú eres una *ruedita de la máquina infernal que hace rodar el carrusel*, en la contienda tú eres la causa de tu fracaso, si te rompes los huesos, tú eres un suicida.

De elemento de desorden debes convertirte en elemento de orden. Al ser *humedatamente* (vaga esperanza, probabilidad mínima) debes preferir la certeza, aunque no sea inmediata, la certeza para tus hijos. El fin permanece inmutable, y los medios para conseguirlo son los únicos medios adecuados a tu disposición: la asociación, la organización.

2. Las bastardillas en este artículo figuran en el original italiano. (N. del T.)

Si la propiedad es sólo un valor social, el solo hecho de que existe una fuerza organizada que se propone convertirla en bien común, en garantía de libertad para todos, la transforma, la vuelve aleatoria en tanto privilegio, la disminuye en pro de la colectividad, la vuelve ya mismo compartida colectivamente.

Esta disminución, este compartir potencial es una herencia que tú transmites. Por cierto la herencia del capitalista es más evidente, más palpable; pero si lo piensas, la tuya no es nada desdeñable.

También tú tienes un legado: tus antecesores, que han hecho la revolución contra el feudalismo, te han dejado en herencia el derecho a la vida (tú no puedes ser muerto arbitrariamente: ¿te parece poca cosa?), la libertad individual (para encarcelarte debes ser sentenciado como culpable de un crimen), el derecho de desplazarte para trabajar en una tierra o en otra, a tu voluntad, según tus intereses. Gozas una herencia más reciente: la libertad de hacer huelga, la de asociarte con otros para discutir tus intereses inmediatos y para proponerte, en comunión con otros, el fin mayor de tu vida: la libertad para ti, o al menos para tus descendientes.

¿Te parece esto una herencia pequeña? Ella ha disminuido notablemente el privilegio de unos pocos. ¿Por qué no te propones ampliarla y disminuir aun más el privilegio en consecuencia? Estas herencias son el fruto del trabajo de muchos, no sólo de tu padre, tu abuelo y bisabuelo. Son fruto inconsciente, por eso pequeño. Vuélvete consciente, difunde tu conciencia: ¡transmitirás al porvenir una herencia superior a aquella del pasado! ¿Qué seguridad más concreta puede haber de libertad para ti y tus hijos, para la *inmortalidad de tu espíritu*? En lugar de preocuparte por una propiedad individual, hazlo por dejar mayor posibilidad para el advenimiento de la propiedad colectiva, de la libertad para todos, para que todos sean iguales en relación con el trabajo, y con el instrumento del trabajo.

Esta herencia tuya tiene también una forma exterior: la asociación. Cuando más fuerte es la asociación, tanto más próxima está la hora de "cobrar" en la ventanilla de la historia. ¿Quién cobrará? Tú mismo, quizás, por tu cuota. Trabaja como si el fin fuese inmediato, pero no descuides por ello de generar medios más potentes, en el caso de que no fuese inmediato: sacrificate, porque tú piensas en tus hijos, en tus afectos.

Refuerza la asociación que tiene este fin: liberar la colectividad, dándole a ella la propiedad de la riqueza. La asociación económica te garantiza el cobro cotidiano de los beneficios que rinde la herencia dejada por tus padres desposeídos: refuézcala con tu adhesión, aumentarás así la herencia de tus hijos.

La asociación política, el Partido Socialista, es el órgano de educación, de elevación; por él tú sentirás la colectividad, te despojarás de tu egoísmo personal, aprenderás a trabajar desinteresadamente por el porvenir, que es de todos, incluso de ti y los tuyos. Por él mezclarás tu sacrificio y tu trabajo con el de los otros, multiplicando su valor por el valor del sacrificio común.

La asociación de cultura te hará más digno de tu tarea social, educará tu pensamiento, mejorará tu espíritu; por ella participarás del patrimonio del pensamiento, de la experiencia espiritual, de la inteligencia, de la belleza del pasado y del presente.

Difunde esta pequeña verdad: en la sociedad actual, que es una feria, un carrusel, todos *particularmente* pueden hacerse ricos (libres), pero, necesariamente, sólo pocos lo logran; la búsqueda de la propiedad, de la herencia individual, tiene un exitoso por cada *diez mil fracasados*. En cambio, no serán diez mil los fracasados en la búsqueda de la herencia social, que *se asocian*, que de elemento de desorden se convierten en elemento de orden, y habrán acercado en diez mil la probabilidad de alcanzar el fin colectivo mismo.

Entretanto tú haz tu deber: entrega tu parte de actividad, de espiritualidad *al patrimonio social común actual*, trabaja para que sea transmitido, mejorado y ampliado, a tus descendientes: cuida tu herencia, cuida la única herencia que estás seguro de poder dejar.

Publicado en *Avanti!*, 1º de mayo de 1918.

Los católicos italianos

Los periódicos denominados liberales le dedican mucho espacio a lo que sucede entre bastidores y a las intrigas de sacristía o de café acerca de las nuevas actitudes que están asumiendo los católicos italianos y a la intención —que va madurando y concretándose—, de constituir un gran partido nacional católico que se introduzca activamente en la vida del Estado, con un programa propio, y luche por ser el partido de gobierno, la corriente social que imprima al Estado la forma peculiar a su particular ideología y a sus particulares intereses nacionales e internacionales.

La constitución de semejante partido marca la culminación de un proceso de desarrollo ideológico y práctico de la sociedad italiana que es esencial en la historia política y económica de nuestro país: el problema central de la vida política, en relación con la forma y la función del Estado capitalista, se dirige hacia una solución rápida, y se perfilan ásperas luchas en el futuro próximo entre los distintos sectores burgueses. Por lo tanto, los periódicos denominados liberales, que detestan toda lucha en tanto posible inicio de vastos movimientos sociales, buscan desprestigiar preventivamente la eficiencia de la nueva organización que está constituyéndose, ahogando las noticias y las discusiones en un pantano de pequeñeces y de charlatanerías. Pero, ciertamente, no serán las vacuas ejercitaciones literarias de los periodistas charlatanes las que detendrán el inexorable proceso de disolución de la vieja sociedad italiana junto con el desarrollo de las luchas en el seno de la clase dirigente: el proletariado se arremanga para prepararse a su tarea de sepulturero.

La idea del Estado liberal o parlamentario, propio de la economía librecambista del capitalismo, no se ha difundido en Italia con el mismo ritmo y la misma intensidad que en otras naciones. Su proceso de desarrollo histórico ha chocado de modo irreductible con la cuestión religiosa, o mejor dicho, con el conjunto de problemas económicos y políticos inherentes a los formidables intereses constituidos en tantos siglos de teocracia. La vida del Estado italiano ha sido paralizada en el tiempo y el Partido Liberal en el gobierno se ha hipnotizado en un problema político único, el de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, entre la dinastía y el papado. Los fines esenciales del Estado laico fueron abandonados o impostados empíricamente e Italia en los sesenta años de su ser Estado no tuvo una vida política económica, financiera, interna y exterior, digna de un organismo estatal moderno: naturalmente no hubo ni siquiera una política re-

ligiosa, ya que la actividad de un Estado es unitaria y audazmente dirigida a sus fines más esenciales o es sólo un intento de remendar las cosas y un bajo compromiso de grupos con intereses propios.

Al desarrollo del Estado nuevo italiano le faltó la colaboración del espíritu religioso, de la jerarquía eclesiástica, la única que podría ligarse a las innumerables conciencias individuales del pueblo atrasado y opaco, recorrido por estímulos irracionales y caprichosos, ausente de toda lucha ideal y económica que haya tenido caracteres orgánicos de necesidad permanente. Los hombres de Estado fueron atormentados por la preocupación de estructurar un compromiso con el catolicismo, de subordinar al Estado liberal las energías católicas puntuales y obtener la colaboración con el proceso de renovación de la mentalidad italiana y a su unificación, de suscitar o consolidar la disciplina nacional a través del mito religioso.

No era posible conciliar dos fuerzas absolutamente irreductibles como el Estado laico y el catolicismo. Para que el catolicismo se subordinase al Estado laico hubiera sido necesario un acto de humillación de la autoridad pontificia, una renuncia a la vida por parte de la jerarquía eclesiástica: sólo con la fuerza y con la audacia el Estado habría realizado su voluntad, la disolución de los institutos jurídicos y económicos que potencian socialmente el catolicismo. El Partido Liberal no tuvo la audacia y la fuerza que hubieran sido necesarias; la táctica dictatorial de la derecha no dio los resultados esperados, y el Estado italiano se vio amenazado frecuentemente por el caos a causa de las reacciones populares violentas a su política. El liberalismo se transformó en oportunista, archivó su ideología y sus programas concretos, se dividió en tantas camarillas como centros mercantiles italianos, se transformó en avispero de congregaciones electorales y de agencias de trabajo, junto con la feliz carrera de todos los sinvergüenzas y parásitos. Así, desnaturalizado y corrupto, sin unidad ni jerarquía nacional, el liberalismo terminó subordinándose al catolicismo, cuyas energías sociales son, por otra parte, fuertemente organizadas y centralizadas, y poseen, en la jerarquía eclesiástica, una estructura milenaria, sólida y preparada a cualquier forma de lucha política y de conquista de la conciencia y de las fuerzas sociales: el Estado italiano se transformó en el ejecutor del programa clerical y con el pacto Gentiloni³ culmina una acción fraudulenta y tenaz para reducir el Estado a una verdadera teocracia, para subordinar la administración pública al control indirecto de la jerarquía eclesiástica.

3. Acuerdo con los liberales de 1913 que habilitó a los católicos a votar. (N. del T.)

Si en el terreno político, en el que operan pocos individuos representativos, el catolicismo, como jerarquía autoritaria, triunfa clamorosamente sobre el Estado laico y de la ideología liberal, en la intimidad social los hechos se desarrollan de modo muy diferente. El factor económico condiciona poderosamente la estructuración de la sociedad italiana; el capitalismo inicia la disolución de las relaciones tradicionales inherentes a la institución familiar y al mito religioso. El principio de autoridad se tambalea desde sus cimientos: la plebe agrícola deviene proletariado y aspira, aun en forma confusa y vaga, a independizarse del mito religioso: la jerarquía eclesiástica, en sus estamentos inferiores, se ve obligada a tomar posición en la lucha de clases que se delinea con intensidad y precisión siempre mayor.

En el seno del catolicismo surgen las tendencias modernistas y democráticas como intento de resolver, en el ámbito religioso, los conflictos emergentes en la sociedad moderna. La jerarquía eclesiástica resiste, y disuelve autoritariamente la democracia cristiana, pero su prestigio y su fuerza se pliegan frente a las fuertísimas necesidades locales de los intereses ligados al mito religioso; ella disuelve las pequeñas muestras de la Reforma, pero la sustancia del fenómeno que depende del desarrollo de la producción capitalista, incluso si atenuada y flexibilizada en su espontaneidad histórica, todavía permanece y opera fatalmente. Los católicos despliegan una acción social siempre más vasta y profunda: organizan masas proletarias, fundan cooperativas, mutuales, bancos, periódicos, se sumergen en la vida práctica, entrelazan necesariamente su actividad con la del Estado y terminan haciendo depender del destino de éste el destino de sus intereses particulares. Los intereses y los hombres arrastran consigo las ideologías: el Estado absorbe el mito religioso, tiende a hacerlo un instrumento de gobierno, apto para rechazar el asalto de las fuerzas nuevas, absolutamente laicas, organizadas por el socialismo.

La guerra ha acelerado este proceso de íntima disolución del mito religioso y de las doctrinas legitimistas propias de la jerarquía eclesiástica romana: la guerra ha acelerado vertiginosamente el proceso de desarrollo histórico del Estado laico y liberal que surge justamente como antítesis del legitimismo pontificio romano. La ideología católica está atravesada por nuevas corrientes reformistas que encuentran expresión también en los más eminentes exponentes de las doctrinas políticas romanas: el marqués Filippo Crispolti⁴

4. Escritor católico italiano, autor de una biografía de Don Bosco, publicada en 1911. También de *Corone e porpore. Ricordi personali*. Milano, Treves, 1936. Fue senador durante el gobierno de Mussolini. (N. del T.)

canta himnos para exaltar al presidente Wilson, un manifiesto de las organizaciones católicas afirma que la victoria de la Entente es la victoria del cristianismo (sin adjetivos) contra el luteranismo autoritario y califica de "negación de Dios" a la muy católica Austria, "liberal", porque el Estado no había sido construido con el consenso de los gobernados. En verdad, el cristianismo del presidente Wilson —en cuanto puede haber dado forma y haber inspirado programas políticos a los pueblos—, es calvinismo puro. El papa y las doctrinas católicas no han contribuido (ni podían contribuir) para nada a la elaboración del programa wilsoniano: el papa siempre se ha dirigido a los soberanos, no a los pueblos, a la autoridad, para él siempre legítima, no a las multitudes silenciosas; jamás el pontífice romano habría lanzado a los pueblos una incitación a la rebelión contra los poderes constituidos por los estados dinásticos y militaristas, que expresaban la forma de sociedad propia de las doctrinas políticas católicas. Por una prédica similar a la del presidente Wilson, el papa ha sido privado del poder temporal y sus súbditos se han rebelado contra su autoridad teocrática: la ideología wilsoniana de la Sociedad de las Naciones es la ideología propia del capitalismo moderno, que quiere liberar al individuo de cualquier raigambre autoritaria colectiva dependiente de estructuras económicas capitalistas, para instaurar la cosmópolis burguesa en función de una carrera sin freno hacia el enriquecimiento individual, posible sólo con la caída de los monopolios nacionales de los mercados del mundo: la ideología wilsoniana es anticatólica, es antijerárquica, es la revolución capitalista demoníaca que el papa ha siempre exorcizado, sin lograr defender contra ella el patrimonio tradicional económico y político del catolicismo feudal.

El catolicismo, como doctrina y como jerarquía, sale derrotado de la victoria de la Entente, especialmente en Italia, donde tiene su sede. Triunfan, en medio de la burguesía y el populacho desorganizado, las tendencias liberales del calvinismo: la idea del Estado laico se ha afirmado como conciencia política actuante. El Estado italiano no necesita más del auxilio de la energía católica para encorsetar las fuerzas sociales inmaduras a la historia. El Estado es libre de las preocupaciones de orden internacional provocadas por la cuestión romana, puede desarrollarse según su esencia laica y anticatólica; puede desarrollarse y, a través de una revolución proletaria, transformarse de Estado parlamentario a sistema soviético.

Los católicos se aferran a una realidad que escapa a su control. El mito religioso, como conciencia difusa que influye con sus valores a todas las actividades y los organismos de la vida individual y colectiva, se disuelve, en Italia como en todos lados y se transforma en partido político definido. Se hace laico, renuncia a su universalidad, para devenir voluntad

práctica de un sector particular de la burguesía que se propone, conquistando el gobierno del Estado, más allá de la conservación de los privilegios generales de la clase, la conservación de los privilegios particulares de sus adherentes.

La constitución de los católicos en partido político es el hecho más importante de la historia italiana desde el *Risorgimento*. Los cuadros de la clase burguesa se desorganizan: el dominio del Estado será duramente disputado y no hay que excluir que el partido católico, por su potente organización nacional concentrada en pocas manos hábiles, salga victorioso de la competencia entre los sectores liberales y conservadores laicos de la burguesía, corruptos, sin vínculos de disciplina ideal, sin unidad nacional, ruidoso avispero de bajas congregaciones y alianzas entre grupos de interés.

Por la íntima necesidad de su estructura, por los irreconciliables conflictos de intereses individuales y de grupo, la clase burguesa está por entrar en un momento de crisis constitucional que proyectará sus efectos en la organización del Estado, justo cuando el proletariado agrícola y urbano encuentra en la idea del soviét el perno de su energía revolucionaria, la idea estructuradora del nuevo orden internacional.

Publicado en *Avanti!*, 22 de diciembre de 1918.



En las páginas de este libro nos encontramos con Gramsci veinteañero, involucrado ya en la militancia socialista, atento al acontecer del mundo, profundamente atravesado por valores éticos que se articulan con su visión política. Es ya un pensador atrevido e irreverente, crítico del marxismo anquilosado (como lo muestra entre otros artículos "La revolución contra el capital"), preocupado de modo fundamental por bregar contra la indiferencia en todas sus manifestaciones, por exhortar a la organización, a la educación política, y a la lucha, muy especialmente a la juventud. Esta breve selección de textos, que tiene en los luminosos párrafos de *La Ciudad Futura* un eje central, puede imbricarse en distintos recorridos de lectura. Uno posible es el de servir como iniciación a la lectura gramsciana, generador de avidez intelectual a la hora de acometer los escritos sobre los consejos de fábrica o los *Cuadernos de la cárcel*. Otro sendero, para el lector ya "iniciado", consistirá en traerlo a manifestaciones tempranas de lo que ya haya leído, o al menos entrevisto, del recorrido posterior del pensador revolucionario italiano. Diversas hojas de ruta son válidas, en tanto contribuyan a iniciar o reforzar el trato con un pensamiento de la relevancia del de Antonio Gramsci.

